LOS HOMBRES de la historia

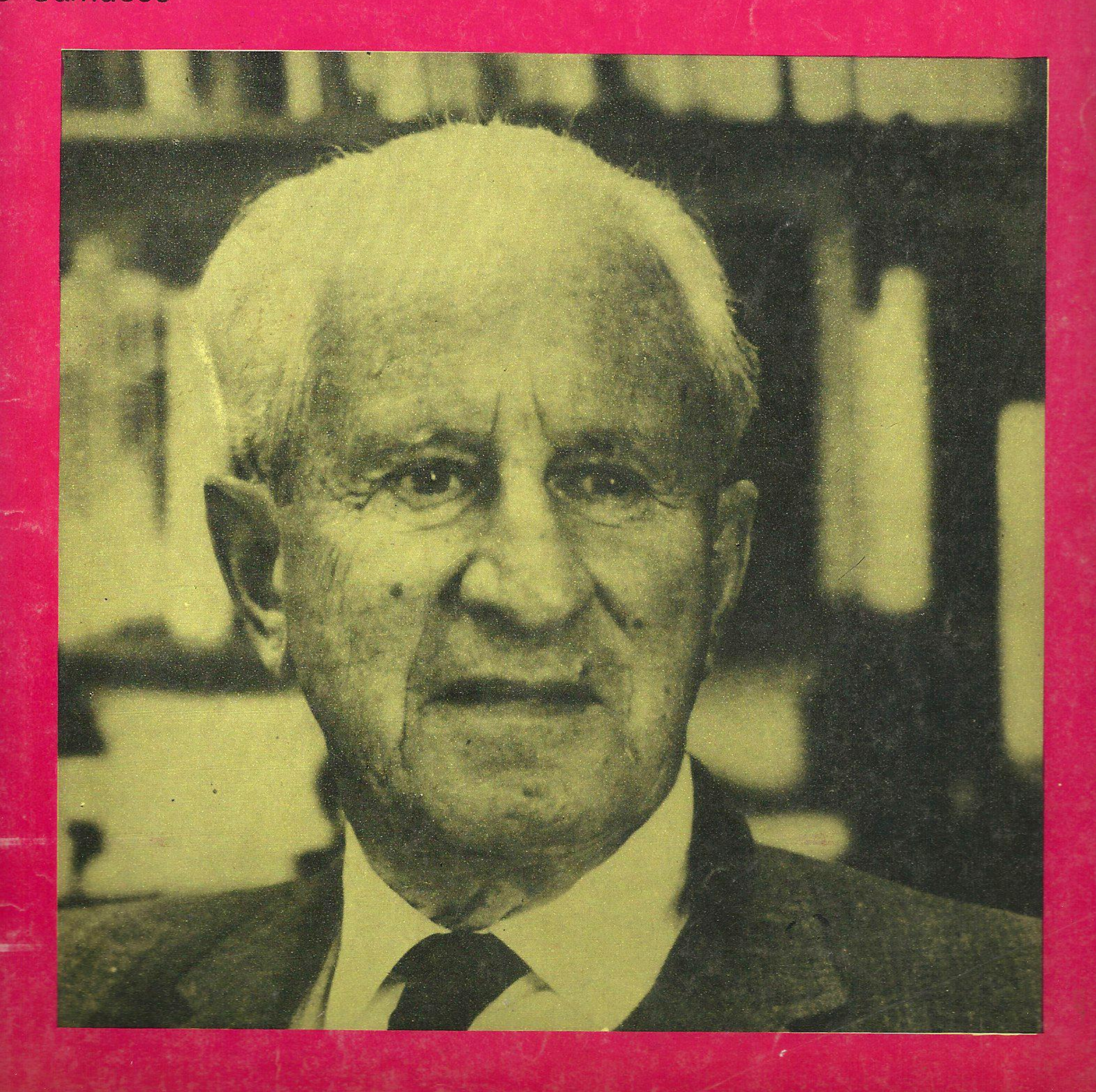
172

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Marcuse

Guillermina Garmendia
de Camusso

Centro Editor de
América Latina



LOS HOMBRES *de la historia* 172

La rebelión estudiantil de París de mayo de 1968 puso en evidencia la figura de su aparente inspirador ideológico, Herbert Marcuse, hasta entonces "un oscuro profesor de filosofía germano-norteamericano", poco conocido y menos leído aún, en Francia al menos.

Esta rebelión sacará a la luz su **teoría crítica de la sociedad**, según la cual "la técnica y la ciencia de los países industrialmente más avanzados se han convertido no sólo en la fuerza productiva primera, capaz de producir el potencial para una existencia satisfactoria y pacificada, sino también en una nueva forma de ideología que legitima un poder administrador aislado de las masas" y también su tesis sobre la **sociedad cerrada**, "cerrada porque disciplina e integra todas las dimensiones de la existencia, privada o pública", con dos consecuencias importantes: "la asimilación de las fuerzas y de los intereses de la oposición en un sistema al que se oponían las etapas anteriores del capitalismo y la administración y la movilización metódicas de los instintos humanos, lo que hace así socialmente manejables y utilizables a elementos explosivos y 'anti-sociales' del inconsciente. El poder de lo negativo, ampliamente incontrolado en los estados anteriores del desarrollo de la sociedad, es dominado y se convierte en un factor de cohesión y afirmación.

Los individuos y las clases reproducen la represión sufrida mejor que en ninguna época anterior, pues el proceso de integración tiene lugar, en lo esencial, sin un terror abierto".

Es así como, para Marcuse, "la democracia consolida la dominación más firmemente que el absolutismo, y libertad administrada y represión instintiva llegan a ser las fuentes renovadas sin cesar de la productividad".

172. Marcuse - El Tiempo Presente

Este es el séptimo fascículo del tomo El Tiempo Presente (Vol. III).

La lámina de la tapa pertenece a la sección El Tiempo Presente del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Centro Editor de América Latina S. A.
Cangallo 1228 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223. Buenos Aires.

1₀

3

Marcuse

Guillermina Garmendia de Camusso

1898
El 19 de junio nace en Berlín Herbert Marcuse. Pertenece a una de esas antiguas familias judías que, estrechamente vinculadas a las tradiciones alemanas, habían convertido la capital prusiana desde la época de Federico el Grande, en otra "ciudad Luz" [1].

1919
Concluida la primera guerra mundial con la derrota de Alemania, el Tratado de Versalles (28 de junio) que restituía Alsacia y Lorena a Francia, pone fin al imperio colonial alemán e impone fuertes indemnizaciones de guerra.
La Constitución de Weimar —si bien dejaba subsistir diecisiete Estados— organizaba de hecho la república alemana centralizada, cuyo presidente elegido por sufragio universal —el primero fue el socialista Federico Ebert— debía ser capaz de imponer una ley común a los gobiernos locales.
Pero ya desde 1919 había guerra civil en Alemania; los particularismos no tardaron en renacer haciendo fracasar la revolución alemana, en la que el mismo Lenin había creído —la revolución rusa sería "la subida de telón" de la revolución alemana—; al mismo tiempo se introduce el asesinato en política.
Marcuse, como otros jóvenes intelectuales alemanes abandona la breve militancia en la social democracia, después del asesinato de Rosa de Luxemburgo y Carlos Liebknecht (16 de enero) realizado por la policía del ministro Noske. Mientras tanto, inicia sus estudios universitarios en la Universidad de Berlín.

1921
Se gradúa en la Universidad de Friburgo, donde se encuentra con Heidegger recibiendo el influjo de su pensamiento. Se forma en un clima cultural rico de orientaciones a veces divergentes (neokantismo de Marburgo, empiriocriticismo, Max Weber, fenomenología de Husserl, Dilthey, Simmel, Kierkegaard) que tienen en común la oposición al positivismo. Si bien en un primer momento se siente atraído por el existencialismo pronto sus intereses se orientan al campo sociológico.[2]

1923
G. Lukács publica *Historia y conciencia de clases*, obra que fue un poderoso estimulante intelectual para los jóvenes pensadores que comenzaron a reflexionar el marxismo después de la primera guerra: Sartre, Merleau-Ponty, Adorno, Horkheimer, entre otros. En lo que respecta a Marcuse, tiene la oportunidad de familiarizarse con la problemática sociológica de la obra de Max Weber; le atrae particularmente la crítica de Weber a la razón formal que parece estar en la base de una sociología en vías de burocratización [3]. Siempre bajo el influjo de Lukács trabaja en el campo de una tradición hegeliana-marxista; sus propósitos, entonces, son no perder las raíces hegelianas de Marx.
Se produce la invasión franco-belga a la cuenca del Ruhr que, prácticamente, paralizó a la economía alemana. Con el fin de mantener a las masas desocupadas se imprime papel moneda destruyendo los ahorros de las clases sostenedoras del Estado. Todo esto produjo un gran trauma psicológico favorable al surgimiento del nacional-socialismo. El 13 de agosto es nombrado canciller Gustavo Stresemann que entabla negociaciones con Francia, Inglaterra y EE. UU.; La cancillería de Stresemann duró hasta noviembre, fecha en que los socialdemócratas se retiran de la coalición. Entre tanto se produce la ruptura entre el marxismo soviético y el marxismo social-demócrata, impotente frente al avance del irracionalismo nacional-socialista. Ante la quiebra de la social-democracia, el análisis marxista "oficial" —impuesto por vía de la Internacional y del Partido Comunista Alemán— "se atenía, por encima de los matices, a un par de proposiciones muy simples: las masas son revolucionarias, pero han sido *traicionadas* por la social-democracia y en seguida *engañadas* por el fascismo" [4]. De ahí el empeño de estos grupos —Marcuse, entre ellos— en su comienzo al menos, por un análisis de la superestructura ideológica en oposición a las interpretaciones mecanicistas y economicistas del marxismo referidas, casi exclusivamente, a la infraestructura y sin tener en cuenta la complejidad de lo social.

1927
Marcuse es designado redactor filosófico de la revista *Gesellschaft* de la social-democracia pero continúa sin militancia política activa a diferencia de Lukács y de Korsch.
Se publica *Ser y tiempo* de Heidegger.
Marcuse participa en Friburgo en varios seminarios dirigidos por Heidegger, bajo cuya dirección comienza su tesis doctoral sobre *La ontología de Hegel y el fundamento de una teoría de la historicidad*. No obstante la influencia de Heidegger, que más tarde le será reprochada por Lukács, Marcuse adopta ya la posición de un hegeliano de izquierda.

1928
En el primer número de la revista *Philosophische Hefte* de Marx Beck aparece el primer trabajo de Marcuse: *Aportaciones a la fenomenología del materialismo histórico*, donde sostiene la tesis de que "la acción social es hoy posible sólo como acción del proletariado, porque éste es el *Dasein* cuya existencia se da necesariamente en la acción" [5]. Elabora la idea básica de "concresión" con el objeto de evitar que la ideología sea un reflejo heterónomo de los procesos socio-económicos.
Se firma el pacto Kellogg, con la participación de Alemania, por el que los Estados se comprometían a no recurrir a la guerra para la solución de controversias internacionales.

1929
Publica su trabajo *Filosofía concreta* donde pone de manifiesto el concepto de "historicidad"; el filósofo que continúa atrayendo su interés es el Heidegger de *Ser y tiempo*.
Marcuse subraya que el horizonte de la existencia está delimitado por la historia, considerando que más importante que el momento de la "génesis de la verdad" es el momento de la "adecuación de la verdad". La verdad coincide con la crítica de la sociedad: la filosofía es ciencia práctica [6]. Advierte sobre los peligros de la absorción del individuo en la colectividad (marxismo dogmático) y se anticipa a la interpretación humanista del joven Marx.
Publica, en oportunidad de la publicación del libro de K. Mannheim, *Ideología y uto-*

pía, un ensayo, *El problema de la verdad del método sociológico*, para examinar la tesis de Mannheim sobre el "relacionalismo". Se propone demostrar que el concepto de "relacionalidad" es similar al de Marx en el sentido de "relativizar a través de análisis concretos todas las objetivaciones independientes y valores universales, refiriendo la verdad a una clase determinada en una situación concreta" [7]. pero poniendo en evidencia que la diferencia entre Marx y Mannheim consiste en que para el primero el proceso concluye en el proletariado mientras que para Mannheim no existe un estrato privilegiado portador de la verdad.

Se elabora el plan Young, por el cual fueron reducidas las deudas de reparación de Alemania compromotiéndose, a su vez, Francia, a desocupar los territorios alemanes. En octubre muere prematuramente el canciller Stresemann allanándose, de esta manera el camino al poder del nacional-socialismo, alentado además por una coyuntura internacional subyacente: el decisivo peso de las potencias imperialistas favorables a una solución autoritaria que impusiera una barrera al socialismo.

1930

Después de la muerte del presidente Federico Ebert las elecciones de setiembre se llevaron a cabo en medio de una gran crisis económica; el número de diputados nacional-socalistas subió de doce a ciento siete. Fue elegido presidente —todavía en oposición a Hitler— el mariscal Pablo von Hindemburg.

Por su parte, Marcuse, en un artículo sobre *Problema de la dialéctica*, publicado en *Gesellschaft VIII*, denuncia el abuso que se hace de la dialéctica en un sistema donde todo está determinado mecánicamente. Considera que es Marx quien comprende por primera vez la historia de la existencia humana porque ha situado la dialéctica en la historia proporcionando los elementos concretos para su comprensión. Considera que la toma de posición dialéctica debe ser crítica y autocrítica, teniendo presente, dice Marcuse, los factores de la mutabilidad de los fenómenos históricos, más allá de la estabilidad aparente de los fenómenos aislados. Su razonamiento sobre la dialéctica está estrictamente en función social [8].

1931

Publica *Problema de la realidad histórica: W. Dilthey*. En este artículo considera a Dilthey el auténtico representante de la filosofía de la vida, entendiendo por filosofía de la vida únicamente "los análisis filosóficos que consideran como fundamento de la filosofía el ser de la vida humana". Según Marcuse existiría una correlación entre las tesis marxistas acerca de la historia y la orientación de Dilthey.

1932

Publica *La ontología de Hegel y la fundamentación de una teoría de la historicidad*. Permanecen todavía en Marcuse acentos de su primera formación existencialista; orienta "la analítica existencial en la dirección de la dialéctica y la historicidad" [9]. Concibe la unidad entre el sujeto y el objeto como un devenir, "reduciendo la ontología tradicional a una historia del ser". Las distintas regiones del ser se desarrollan como distintas modalidades del devenir histórico.

En abril fue reelecto Pablo von Hindemburg con diecinueve millones de votos contra Hitler, que obtuvo trece millones. En las elecciones para el Reichstag del mes de julio triunfaron los nacional-socialistas; la desocupación había alcanzado un tope del treinta y cuatro por ciento de la población no agraria.

1933

En enero, Hitler es nombrado canciller; Alemania se retira de la Sociedad de las Naciones reiniciando su política de rearme. Marcuse publica un artículo sobre *Los fundamentos filosóficos del concepto científico-económico del trabajo*, donde aborda el "concepto de trabajo" [10].

El trabajo es un concepto ontológico que abarca la perspectiva de la existencia total: "comprende el ser de la existencia en su totalidad". Sintetiza el tema de la existencia del tiempo con el concepto de alienación por el trabajo.

Con el advenimiento de Hitler y la persecución antisemita emigra de Alemania, radicándose en Ginebra, primero, y luego en Francia; viaja a EE. UU. como profesor visitante. A partir de este momento los libros de Marcuse se hacen fundamentalmente crítico-sociales.

1934

La presidencia de Roosevelt y su "New Deal" contribuyen a su decisión de trasladarse como refugiado a los EE. UU., radicándose en New York: allí se desempeña como miembro del *Institute of Social Research*, en la Universidad de Columbia. Mientras tanto en Alemania Hitler se proclama *führer* con el cargo de presidente y canciller lo que provoca la diáspora definitiva de los "pensadores marxistas alemanes". Marcuse comienza su ensayo *La lucha contra el liberalismo en la concepción del Estado totalitario* [11]; analiza lo que el Estado autoritario entiende por liberalismo para concluir afirmando que la lucha entre el totalitarismo y el liberalismo es sólo un fenómeno periférico [12] y que la estructura social y económica del liberalismo constituye la base del Estado totalitario. La última parte del ensayo está dedicado a una enérgica crítica al existencialismo; considera que los conceptos teóricos del existencialismo son una ficción, "el hombre es esenmente un ser político, es decir..., no es algo cuyo ser esté determinado por su participación en un mundo espiritual superior..., sino un ser originariamente actuante" [13]. El existencialismo habría allanado el camino a las formas del irracionalismo fascista.

1936

Colabora con los sociólogos exiliados en París del *Institut für Sozialforschung* de Francfort, que en su camino de salida de Alemania había estado ya en Ginebra, siendo luego trasldado a los EE. UU. Se publica bajo la dirección de M. Horkheimer, juntamente con T. Adorno y otros colaboradores una obra que será clásica para trabajos posteriores: *Estudios sobre la autoridad y la familia*

Publica también un estudio sobre *El concepto de la esencia*; en este ensayo el tema central es el de la historicidad: "la esencia es la totalidad del proceso histórico tal como se presenta en una determinada época histórica". Cada uno de los momentos aislados es inesencial, su esencia consiste en la relación con la totalidad [14].

1937

Publica su ensayo *El carácter afirmativo de la cultura* [15]; detrás del concepto formal y sociológico de la cultura con sus valores universales se justifica el orden social existente: los valores culturales se mantienen alejados de la realidad existente de cada día. La cultura afirmativa puede presentar la soledad de hecho como soledad metafísica y la pobreza material como riqueza interior [16].

En este mismo año publica *Filosofía y teoría crítica* [17]; esta es "la teorización más explícita de la teoría crítica de la sociedad": "hay dos momentos que se vinculan al materialismo con la teoría correcta de la sociedad: la preocupación por la felicidad del hombre y el convencimiento de que esta felicidad es sólo alcanzable mediante una modificación de las relaciones materiales de la existencia" [18].

Las modificaciones están determinadas fundamentalmente y, por el análisis de las relaciones económicas y políticas, versan sobre la felicidad, la libertad y el derecho de los individuos. "Sin la libertad y la felicidad en las relaciones sociales incluso el más grandioso rendimiento de la producción y la abolición de la propiedad privada siguen ligadas a la antigua injusticia"; la alusión al marxismo soviético es evidente. La temática de la felicidad se ahonda en las obras posteriores de Marcuse.

1938

Publica *A propósito de la crítica del hedonismo* [19] donde sostiene que la tesis de la satisfacción de la *libido* es el objetivo de la "teoría y praxis crítica"; este tema será después objeto de fundamentación en *Eros y civilización* en el análisis de la teoría freudiana de la represión.

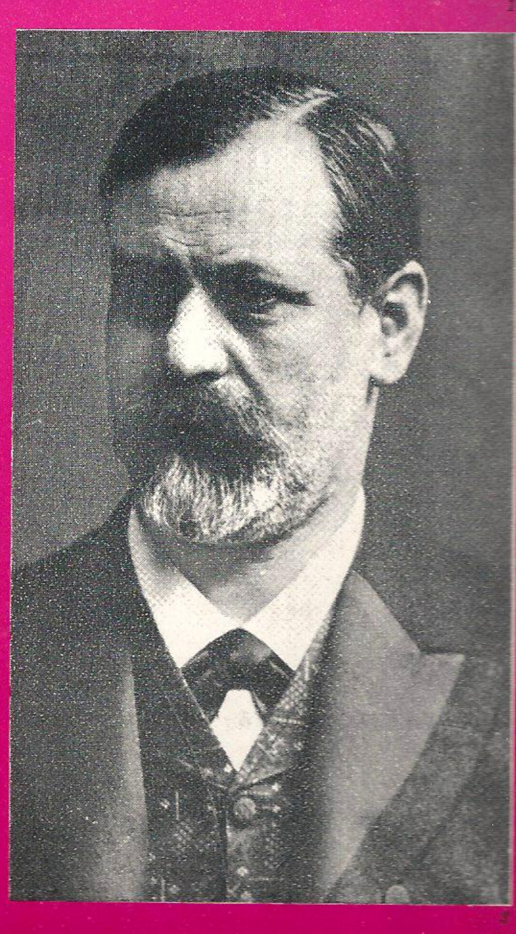
Mientras tanto en Europa Hitler, después de la anexión de Austria, exige a Checoslovaquia la cesión de los territorios del sudeste; la conferencia de Munich salva la paz: el precio es Checoslovaquia librada a Alemania, con la abstención de la URSS.

1. Herbert Marcuse.

2. Hegel.

3. S. Freud.





1



2

1. Martín Heidegger.

2. G. Lukács.

La República española, escenario de la última gran solidaridad internacional, expresada en las brigadas, para Marcuse, es derrotada.

1941

Publica *Razón y revolución, Hegel y el surgimiento de la teoría social.* En esta obra se hace patente la polémica anticientifista de Marcuse; su franca oposición a la concepción positivista de la realidad. Reconoce en la filosofía de Hegel "el poder de lo negativo", lo que significa la posibilidad de superar los datos de la ciencia y del sentido común. A la razón abstracta del positivismo opone la razón hegeliana capaz de negarla superándola en una síntesis superior. Con la dialéctica la historia se constituye en parte de la razón y "la praxis social deja de ser algo extrínseco para convertirse en expresión de la razón". Se trata para Marcuse, no de invalidar la filosofía sino de todo lo contrario: procura certificar su validez frente a la parcialización y formalización de la razón científica.

Entre tanto la II Gran Guerra europea que se había iniciado en Europa —con la invasión de Polonia por Alemania en 1939— alcanzará otros frentes en oriente y, con el ataque japonés a Pearl Harbor, a los EE. UU., que definen su participación activa en el conflicto.

1942

Trabaja en el *Office of Strategic Services*, hasta 1950.

Una vez concluida la guerra —mientras Horkheimer y Adorno regresan a Europa— Marcuse opta por permanecer en EE. UU.; esta circunstancia tiene gran importancia en la perspectiva de la propia obra y en su diferenciación con los demás integrantes del llamado "marxismo alemán". Se inclina claramente por los EE. UU. ante la opción de la Alemania de Adenauer: considerará el mayor margen americano de "libertad" y el que los EE. UU. por su creciente influencia en los países de Europa Occidental le brinda un modelo crítico ejemplar.

1951-52

Colabora como investigador científico y docente en el *Russian Institute* de la Universidad de Columbia.

1953

Investigador científico en el *Russian Research Center* de la Universidad de Harvard.

En Rusia muere Stalin; en los EE. UU. se ejecuta a los Rosemberg.

1954

Se lo nombra profesor de ciencias políticas en la Brandeis University. Francia pierde la guerra de Indochina y el acuerdo de Ginebra divide a Vietnam en dos; EE. UU. participa en estos acuerdos preparando el camino para reemplazar al colonialismo francés en esta estratégica zona de Oriente.

1955

Con *Eros y civilización* —publicado en Boston— Marcuse se convierte en uno de los críticos más agudos de la sociedad norteamericana en particular, y de la sociedad industrial avanzada.

Marcuse parte de la obra de Freud, *Malestar de la cultura*, para desentrañar, a través del examen de la teoría freudiana, el aspecto social de su pensamiento.

Indagar el origen social del carácter neurótico, la sustracción de la energía sexual en beneficio de la "civilización" y la desvirtuación de la felicidad, fin de la vida humana, en un fenómeno episódico, es lo que Marcuse —como veremos más adelante— se propone.

1958

Publica *El marxismo soviético*, corolario de sus investigaciones en los institutos universitarios. Según Marcuse el marxismo soviético —consecuencia de contradicciones internas de su propio desarrollo y de la situación internacional— continía aferrado a un marxismo esquemático: las condiciones objetivas del pasaje del capitalismo al socialismo —según esta interpretación— estarían dadas por las oposiciones de clases (no obstante, dice, los cambios estructurales introducidos en los países capitalistas por el desarrollo tecnológico), reivindicando, en este planteo, la función histórica del proletariado. Marcuse no niega este papel protagónico a los trabajadores; señala, sin embargo, que en los países capitalistas avanzados ha dejado de ser clara "la negación determinada del sistema". En la URSS la ideología —cierta en el análisis de Marx porque aparece referida a una sociedad real con el objeto de negarla— se esclerotiza en el Estado. Este esquema será luego transferido al análisis del proceso de cambio en las sociedades capitalistas donde las condiciones subjetivas serán asumidas por una vanguardia igualmente ideológica que se configura en los propios partidos comunistas. Pero resulta que los hechos históricos indican que las revoluciones socialistas se han ido dando —la URSS incluida— no ya en los países desarrollados del capitalismo (como preveía la teoría marxista) sino en países subdesarrollados como Corea, Vietnam, China, etcétera.

Para Marcuse la desviación del marxismo en la URSS —que la homologa, en cierta medida, a los países capitalistas— ha sido el corolario de una interpretación errónea del concepto de *trabajo*: el solo hecho de la nacionalización no lo preserva de sus consecuencias alienantes, cuando según Marcuse, Marx exaltó el *tiempo libre* como única alternativa liberadora. Marcuse sostiene la validez total del joven Marx en esta afirmación puesto que el objeto final del hombre es la felicidad, trasfondo éticoutópico de Marx.

Sería a partir de estos análisis del pensamiento y la política soviéticos —inmovilizados a la muerte de Lenin, por la burocracia stalinista—, que Marcuse señala las contradicciones fundamentales que condicionarán un Estado totalitario, que no sólo niega la libertad del pensamiento, sino que afirma la función *subversiva* del arte mismo, cristalizado en el "realismo socialista", conforme al esquema de *realidad* del Estado, convirtiéndose así, en el elemento básico de la tendencia conservadora y, a la postre, contrarrevolucionaria.

Configurado el Estado mismo, como "Estado de dominio", "el progreso de la industria equivale al progreso del dominio"[20]; la burocracia se hace fuerte al disponer de la economía en su totalidad sin supeditarse ni atender los requerimientos de las masas[21]. De ahí que la controversia de la prioridad de la industria pesada es una lucha burocrática, de la burocracia que detenta el poder y esto —concluirá Marcuse— aun después de la muerte de Stalin, cuando se podía ya atender el nivel de necesidad sin riesgos ni sacrificios.[22]

1964

Publica *El hombre undimensional* —un libro que pretende sintetizar los interrogantes fundamentales del mundo actual—; es el epílogo no sólo de *Eros y civilización*, sino que una resultante de las meditaciones y fervorosas expectativas de cambio largo tiempo pensadas y sostenidas por Marcuse. El texto analiza la "ideología tecnológica" que configura la estructura social de los países avanzados actuales, del capitalismo —principalmente— pero sin excluir el correlativo análisis a los países socialistas. Una de las cuestiones fundamentales se refiere a lo que Marcuse llama un "cambio realmente cualitativo" en los países industrialmente desarrollados, dominados por una ciencia instrumental. Sin incorporarlas orgánicamente a la *crítica de la sociedad* que le es propia, Marcuse desliza dos hipótesis en este libro —ensombrecido muchas veces por el pesimismo—: la liberación del hombre podrá tal vez darse por la revolución de la *automación* (que es la gran alternativa frente al sistema), mientras que en el otro extremo se erige el desarrollo nuevo —exento de una tradición tecnológica— que prometen los países subdesarrollados del tercer mundo.

1965

Publica *Cultura y sociedad, I*, recopilación de los trabajos publicados entre 1934 y 1938 a los que ya aludimos, y *Ética y revolución* (*Kultur und Gessellschaft, II*, que incluye entre otros *Industrialismo y capitalismo en la obra de Max Weber* y *Comentarios acerca de una nueva definición de la cultura*).

1967

Publica *El fin de la utopía*, recopilación de una serie de intervenciones de Marcuse con dirigentes estudiantiles (entre ellos R. Dutschke) y algunos colegas, sostenidas en una visita que hiciera en el mes de

julio —y durante cuatro jornadas de trabajo— a la Universidad Libre de Berlín (Alemania Occidental).
Marcuse enunciará aquí lo que él entiende por el "final de la utopía", al ser hoy posible su realización real; en esto, dice, hasta quienes se oponen a sus propuestas admiten que los recursos hoy disponibles por el hombre podrían superar los problemas que lo atan todavía a la contingencia, impidiendo su pleno desarrollo; dado el carácter de intervenciones verbales el texto es casi constantemente declarativo (más de cuanto frecuentemente lo es Marcuse), careciendo de los análisis fundamentales a su teoría que desarrollará en *Un ensayo sobre la liberación.*

1968
Publica *Psicoanálisis y política*, que incluye dos conferencias pronunciadas en un ciclo en las Universidades de Francfort y Heidelberg, en el centenario del nacimiento de S. Freud: *Teoría de los instintos y libertad*, la primera; la segunda: *La idea de progreso a la luz del psicoanálisis*; contiene, además, una conferencia sobre *El problema de la violencia en la oposición*, dictada en la Universidad de Berlín en julio de 1967. Concluye con dos prólogos a *Eros y civilización.*
Se producen los conocidos hechos de mayo en París que habrían de dar conocimiento público al nombre de Marcuse, hasta entonces circunscripto al ámbito menor del medio universitario y algunos reducidos círculos del movimiento estudiantil europeo —alemán, sobre todo— y de los Estados Unidos en la Nueva Izquierda.

1969
Publica *Un ensayo sobre la liberación.*
Marcuse propondrá, en forma frontal, la especulación utópica que antes había, con una cierta prudencia, evitado, impulsado por la evidencia de su posibilidad "concreta" a partir tanto del desarrollo técnico como del de la misma sociedad. El *estado de bienestar* no podrá nacer de ninguna burocracia conocida, puesto que hasta las necesidades mismas del hombre no se pueden predeterminar: las conocidas conservan la marca de la represión en la que el hombre ha vivido hasta el presente. El reino de la libertad implica, inexorablemente, una ruptura del *continuo progreso*: "¿Qué va a hacer la gente en una sociedad libre?" La respuesta, finaliza Marcuse, fue enunciada por una muchacha negra; ella dijo: "Por primera vez en nuestra vida seremos libres para pensar en lo que vamos a hacer".
Continúa como profesor de filosofía en la Universidad de California. Entre sus discípulos se encuentra Ángela Davis.

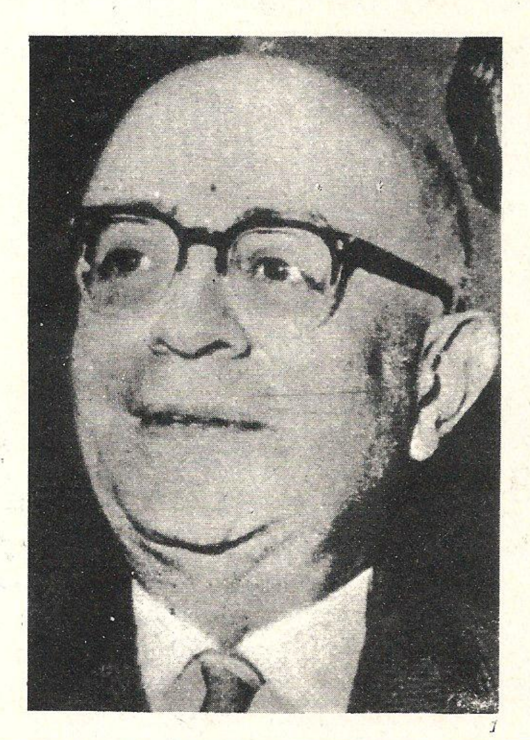
Marcuse y la rebelión de París
La rebelión estudiantil de París en mayo de 1968, pone en evidencia la figura de su aparente inspirador ideológico, Herbert Marcuse, hasta entonces "un oscuro profesor de filosofía germano-norteamericano", poco conocido y menos leído aún, en Francia al menos, hasta el momento: sólo su libro *Eros y civilización* había sido traducido en 1963 y su difusión era muy escasa. A partir de este momento, sin embargo, comienzan a aparecer en ediciones múltiples y simultáneas en varios idiomas sus ensayos y trabajos, elaborados en su mayor parte en su exilio norteamericano. El hilo conductor de las propuestas de Marcuse tal vez haya que referirlo a la presencia en el movimiento de Daniel Cohn-Bendit, estudiante de sociología, hijo de refugiados alemanes, quien sostiene la "oposición total al sistema" que inicia la revuelta que habría de culminar en el movimiento de protesta más importante de los últimos tiempos en Francia. No obstante, el mismo Marcuse accidentalmente en París en la primera semana de mayo —había viajado para asistir al acto conmemorativo de Carlos Marx en el 150º aniversario de su nacimiento, organizado por la UNESCO— en declaraciones recogidas por la prensa afirma conocer "a Rudi Dutschke y sus compañeros, los muchachos de la SDS, la organización de izquierda de los estudiantes (Universidad Libre de Berlín Oeste)". "Ha trabajado (R. D.) mucho, reflexionado mucho; el lazo está sólidamente establecido, para él y sus camaradas, entre la teoría y la acción. Se dice que ellos necesitaron meses para elaborar su acción. No es cierto: necesitaron ocho años. En Francia, los estudiantes rebeldes, ¿trabajaron del mismo modo? ¿Establecieron bases ideológicas sólidas? No tengo esa impresión".[23]
Su nombre aparece en las barricadas, en las calles sobre los muros, en las grandes concentraciones —y no sólo en París—, sino que ya antes en Italia, inclusive, donde se le incorpora (las tres M) con Marx y Mao: "En cuanto a Marx, he estudiado bastante su obra. ¿Pero Mao? Es cierto que actualmente todo marxista que no sea estrictamente encuadrado es maoísta. Siempre pensé que había una alternativa, y no he conservado en mis libros la antigua ideología marxista. Las sociedades socialistas tal como están establecidas no me parecen ser lo que llamo 'cualitativamente diferentes' de las otras, de las sociedades capitalistas"[24], aun cuando en otra oportunidad aclarara: "Nunca pensé en identificar a la represión capitalista con la comunista"[25] —se refiere Marcuse a su conocido concepto de *represión* del sistema; declaración que no lo absuelve ciertamente de su crítica acerca de la "reificación" —el sujeto reducido a objeto— en lo social, consecuencia insuperable del dogma tecnológico, referida particularmente a la URSS.[26]

Reivindica —no obstante que Francia no sea, como los Estados Unidos y en cierto sentido Alemania Occidental, un país caracterizable como una "sociedad opulenta"— el sentido de la protesta de mayo, afín a sus teorías de *Eros y civilización* por su oposición "contra un orden social donde la prosperidad y la cohesión tienen por fundamento la agravación de la explotación, la competencia brutal y una moral hipócrita".[27]
Presionado por los acontecimientos que comienzan a desarrollarse ante el asombro público en París y frente a la requisitoria periodística que recurre a él, a Marcuse —se lo sindica como el "gran instigador"— en procura de alguna explicación, simplemente afirma: "Desde hace mucho tiempo no tengo una actividad política militante. Escribo, enseño, doy conferencias, hablo con los estudiantes: es la forma de acción normal para un intelectual en los Estados Unidos, ya que en ese país la situación no es de ninguna manera revolucionaria, ni siquiera pre-revolucionaria. En fin, la tarea de un intelectual es ante todo una misión de educación radical. Entramos en Norteamérica en un nuevo 'período de iluminismo'"[28]; aun cuando al mismo tiempo sostiene: "Toda explicación verdadera debe conducir a buscar una transformación".
Sin embargo, los hechos de la revuelta —que cuarenta y ocho horas después de iniciada la policía califica ya de "insurrección"— no sólo movilizan multitudes de estudiantes y obreros de París y en seguida de toda Francia, sino que al poco tiempo encuentran su eco —igualmente fugaz y violento— en casi toda Europa; no sin diferencias y oposiciones se nuclean en las consignas de la *oposición total* intelectuales y artistas. Evidentemente las organizaciones políticas —partidos y sindicatos— fueron rebalsados por la espontaneidad explosiva de los movimientos; en múltiples situaciones y alternativas, no solamente no programadas sino contrarias a las tácticas y principios sustentados por las "vanguardias" consagradas de la lucha revolucionaria, el consentimiento sospechosamente obligado siguió a las iniciativas, ahora en manos de otros grupos de agitación, formados por estudiantes, obreros e intelectuales: "la minoría activa" —como se la llamó— que sería el "fermento revolucionario", sin pretender la dirección total del proceso. "En determinadas situaciones objetivas —con la ayuda de una minoría activa— la espontaneidad retoma su lugar en el movimiento social. Es ella la que promueve el avance, y no las órdenes de un grupo dirigente", dice Daniel Cohn-Bendit.[29]
Entretanto los hechos se desencadenan con una rapidez inusitada preludiando la "semana rabiosa" que culminaría con la "huelga general" del 13 de mayo de 1968, curiosamente el día del décimo aniversario de la ascensión al poder del general Charles de Gaulle, cabeza visible de la *contestation.*

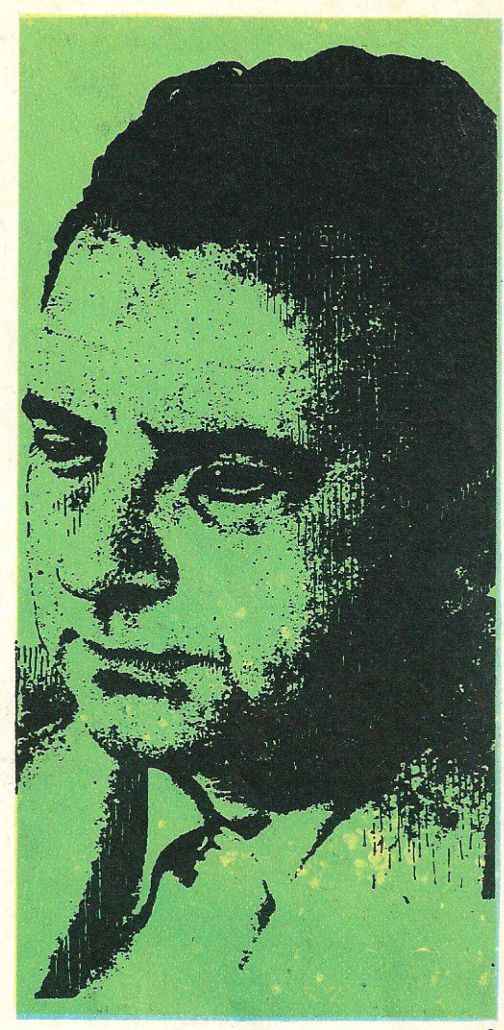
1. *Theodor W. Adorno.*

2. *E. Fromm.*

3. *H. Marcuse.*



1



2

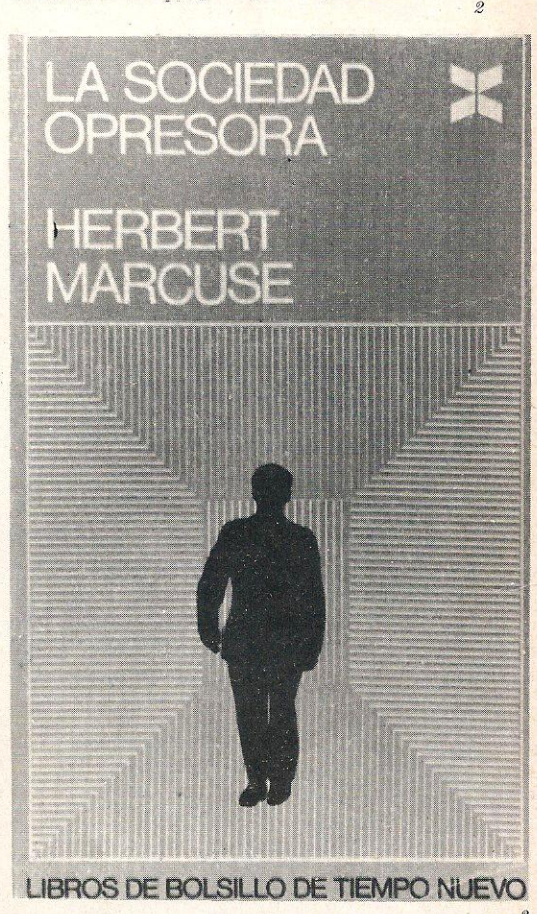
3

1

Herbert Marcuse
Un ensayo
sobre la liberación

Cuadernos de Joaquín Mortiz

2



3

1. *Jean-Paul Sartre.*

2. *Cubierta de la edición mexicana de* Un ensayo sobre la liberación.

3. *Cubierta de* La sociedad opresora.

La cronología de los hechos hay que rastraerla en la Universidad de Nanterre, en su flamante sede —un enorme edificio funcional— cuyos amplios ventanales dan a un miserable paisaje de extramuros que el desarrollo urbanístico del gran París espera modificar. En esto se da una similitud con la Universidad de Columbia, en Nueva York, cuya expansión incesante se hace a expensas de una zona extremadamente pobre de Harlem, cuyos habitantes no tienen obviamente acceso fácil a la misma —por su color y nivel económico—, siendo esta circunstacia un factor de irritación social que alienta no poco la participación de los estudiantes en los movimientos de protesta contra el sistema. La Universidad de Nanterre alberga alrededor de 14.000 estudiantes y al plantearse problemas por la vetusta organización académica los estudiantes se organizan —sin sectarismos— en 1967 en el llamado movimiento *22 de Marzo* (unos 400 activistas) nucleados alrededor de un estudiante de sociología de 23 años, hijo de padres alemanes, nacido en Francia: D. Cohn-Bendit. La incipiente organización —cuyas reivindicaciones intentan incorporar los obreros del medio (ésta es la novedad en el movimiento estudiantil)— encuentra su rápido desarrollo en la negativa cerrada por parte de las autoridades a sus requerimientos (que realizan juntamente con los profesores) y a su amplitud ideológica entre los estudiantes: supera así, ampliamente, los clásicos planteos de las luchas reivindicatorias de los estudiantes franceses de la UNEF (Unión Nacional de Estudiantes de Francia), frecuentemente reducidos al propio ámbito.

Esto lo expresa claramente D. Cohn-Bendit en una entrevista publicada por *Le Nouvel Observateur*, en abril de 1967, aclarando: "Es el sistema en conjunto que atacamos en nuestras reivindicaciones; al poder político, al capitalismo, a su concepción de la Universidad"; "...rechazo por parte de los estudiantes de llegar a formar parte de los futuros cuadros capacitados para explotar a la clase obrera". Propone, además, la estrategia de la acción, ya que "en la medida que permite superar las oposiciones de sectas, es en sí misma un medio de movilización y a su vez engendra la acción..." Afirma luego que por el momento los estudiantes en la "lucha revolucionaria global" están solos pero que "las acciones revolucionarias de la clase obrera no han desaparecido en los países occidentales", aun cuando estén frecuentemente limitadas a los obreros jóvenes. "El obrero padre de familia no siente deseos de combatir cuando ve que la CGT frena, que los otros no se mueven. Pero los jóvenes obreros no tienen nada que perder: están sin trabajo, no tienen familia, ni cuotas de heladera que pagar. No digo que mañana mismo habrá grandes luchas obreras; pero la situación puede evolucionar rápidamente, ya que la crisis monetaria, la guerra de Vietnam, repercutirá en Francia..."[30]

Henri Lefèbre —profesor de sociología de Nanterre (cuyos programas, a pesar de sus diferencias, incluyen a Marcuse)— explicará el por qué se dan en un medio urbano —"sitio negativamente privilegiado"— como el de esta Universidad, conflictos que en su imprevisible desarrollo generan estos movimientos utópicos puesto que la "Facultad asume la función de un condensador social de las inquietudes, de las problemáticas que en otra parte se encuentran dispersas". "Se reconstruye una especie de universalidad: surgen todas las 'tendencias', sobre todo aquellas que se oponen a la realidad existente. Este proceso no tiene nada de anecdótico, nada contingente. Tiene un sentido global. *Es el fracaso de la empresa cultural concebida según el modelo de la empresa industrial*, y por consiguiente insertada en una práctica social parcial, fragmentaria, al mismo tiempo segregativa y con la pretensión de llevar a cabo la integración"[31]; luego agrega que superado el nivel material de las reivindicaciones, "la cuestión del conocimiento y de su vínculo con la ideología se plantea a los estudiantes en toda su amplitud". Éstos adoptan etonces la consigna 'Universidad crítica' que pronto también es superada. Critican todas las instituciones y en particular la información controlada y difundida por el Estado".[32] La consigna de los estudiates norteamericanos, los SDS (*Students for a Democratic Society*): "De la protesta a la resistencia". habrá de ser el aglutinante del movimiento de la Nueva Izquierda norteamericana.[33] También allí la influencia de Marcuse es evidente.

La situación europea tiene en realidad otras características; a los movimientos que se dan, particularmente en Varsovia (noviembre de 1967), Praga y Belgrado —aun cuando no dirigidos específicamente contra el régimen socialista sino contra algunas de sus condiciones sociales y políticas— se agregan los de Italia (la autogestión) y los de Alemania Occidental, Berlín Oeste. Marcuse atribuye un origen común a estas manifestaciones en el rechazo de un estilo de vida que hoy tiende a ser universal y cuyas raíces están en el dominio ciego de un totalitarismo tecnológico racionalista, implícito en las sociedades industriales avanzadas: de ahí que el movimiento reconozca motivaciones tanto instintivas como intelectuales. "La rebelión no está dirigida contra los males que provoca esta sociedad, sino contra los beneficios"; luego agrega Marcuse: "Quieren una forma de vida completamete diferente. Rechazan una vida que es sólo una guerra por la existencia, se niegan a integrarse en lo que los ingleses llaman el *Establishment*, porque piensan que ya no es necesario. Sienten que toda su vida está desbordada por las exigencias de la sociedad industrial y por los grandes negociados militares y políticos". "Los estudiantes saben que la sociedad absorbe las oposiciones y presenta lo irracional como racional. Sienten más o menos claramente que el hombre 'unidimensional' ha perdido su poder de negación, su posibilidad de rechazo. Entonces ellos se niegan a dejarse integrar en esta sociedad".[34]

En abril de 1968 se atenta en Alemania, en plena calle del Berlín Oeste —símbolo resplandeciente del *Milagro Alemán*— contra Rudi Dutschke; Rudi el Rojo, mote intencionado que debe a la cadena de publicaciones periódicas Springer, uno de los baluartes del nuevo capitalismo alemán, cuya obstinada campaña contra el movimiento estudiantil y en particular contra R. Dutschke, culmina con el atentado perpetrado por un nostálgico admirador de Hitler. Rudi Dutschke es un estudiante de sociología, de 27 años, lector y admirador de Marcuse: en su biblioteca al lado de Marx se encuentra ya *El hombre unidimensional*. Este hecho ha de tener profundas implicaciones en la renovación —o como en el caso de París, en la iniciación— de los grandes movimientos de protesta estudiantil en toda Europa. Inmediatamente se organizan en Francia actos de solidaridad con R. Dutschke y en el anfiteatro de Nanterre —denominado por los estudiantes sugestivamente "Che Guevara"— en una asamblea general se programan una serie de actos antiimperialistas.

La represión —la oficial (la toma de la Sorbona por parte de la Guardia Republicana de Seguridad) y la desencadenada por los grupos neofascistas, como el Movimiento Occidente— más una situación social crítica serán el motor de la *escalada* de la rebelión, que alcanzará su punto más alto con el paro general de alrededor de diez millones de obreros y estudiantes y el saldo de una serie de interrogantes respecto a todo cuanto se cuestionó y cómo se lo cuestionó; es decir, la evidencia de los hechos no sólo ha replanteado la validez de instituciones —fundadamente cuestionadas desde hace tiempo— sino que además la actualidad de las ideologías revolucionarias, sus tácticas y estrategias para el cambio e igualmente la misma evaluación de sus resultados reales allí donde estos cambios revolucionarios ya se han dado. Pensamos en la utilidad de esta polémica como fundamentalmente válida referida al contexto económico-social e histórico donde estos acontecimientos se han dado: en los países centrales.

Según Jean M. Palmier es en Berlín donde Marcuse tuvo una influencia más directa y decisiva, a través de R. Dutschke, con dos textos: *Ética y revolución* y sobre todo *Tolerancia represiva*. La SDS (*Sozialistischer Deutscher Studenterbund*) —Liga de los Estudiantes Socialistas Alemanes— surgió en 1961 de la juventud del partido socialdemócrata, al claudicar éste sus contenidos revolucionarios, dicen sus oponentes; prohibido el Partido Comunista Alemán, a partir de 1956 los estudiantes se

encontraban aislados. De esta manera, se abocan al estudio de los "marxistas alemanes", Adorno, Bloch, Horkheimer y sobre todo Marcuse y W. Reich. Mientras Ernest Bloch no justifica la violencia, Marcuse admite que la protesta radical contra la sociedad industrial la requiere; así declarará en París: "Como *buen ciudadano*, jamás he predicado la violencia. Pero creo seriamente que la violencia de los estudiantes no es sino la respuesta a la violencia institucionalizada de las fuerzas del orden... (y del sistema)".[35]

Los estudiantes alemanes utilizan un texto de Marcuse como *leit motiv*, citado por R. Dutschke en *Escritos políticos*: "La brecha practicada en la falsa conciencia puede servir de punto de apoyo (en el sentido de Arquímedes) para la emancipación, en un lugar infinitamente pequeño, ciertamente, pero de su proliferación, aun cuando pequeña, depende la posibilidad de una transformación del mundo".[36]

Esta nueva *conciencia crítica* la intentan los estudiantes alemanes en la Universidad Libre de Berlín, que fuera la sede de la ideología oficial del nazismo, donde A. Bauemler —amigo íntimo de Goebbels— quemó todos los libros de autores judíos de la Universidad. En 1964 una revista de los estudiantes alemanes de izquierda había dirigido un cuestionario a un número limitado de filósofos y sociólogos —entre ellos a Marcuse— en vista a un socialismo alemán que les permitiera superar "sus conductos de fracaso"; como ya dijimos, en 1967 dicta Marcuse un seminario para dirigentes estudiantiles en Berlín.

Las afinidades entre las declaraciones y escritos de Rudi Dutschke y los textos de Marcuse es evidente, aun cuando es innegable que la militancia y su praxis actúan como un catalizador que ordena la realidad en R. Dutschke. Sostiene así que no puede concebirse el socialismo sin un hombre nuevo y que todos los partidos de izquierda de Europa Occidental se debaten aún en la reconvención de Lukacs (año 1921) respecto a la dificultad de separarse ideológicamente de la burguesía y del movimiento burgués; de esta manera se estructuran —como el aparato que supuestamente combaten— sobre el criterio autoritario y centralista, contrario a sus principios esenciales, lo que además les impide desarrollar una real democracia de las bases: el "anti-autoritarismo" será el elemento de cohesión de los grupos de protesta, fuera de todo dogma —"de toda academia", dicen— y de los partidos establecidos. Señala Dutschke además el carácter social-demócrata (reformista) de socialistas y comunistas, tanto por su acatamiento al exclusivo "camino democrático al socialismo" —"cuando el Parlamento está integrado al sistema", afirma— como por su "política de coexistencia pacífica". "Precisamente por eso tenemos que concebir a los partidos comunistas y socialistas como un momento de la unidad contradictoria que es el postcapitalismo, como un momento en que su contenido socialista, comunista, constituye un elemento particular de contradicción, pero que en su forma y en sus métodos de lucha es parte integrante del sistema hoy existente en Europa occidental"[37]. A la globalidad del imperialismo norteamericano propone la internacionalización de la lucha, puesto que los logros del Tercer Mundo —del que "recibimos el impulso"—, aislados de los aportes y sostén de las luchas en el interior mismo de las metrópolis, no tendrán otra posibilidad que "una reproducción de la penuria y la miseria y no una producción de masas de riqueza social humana, que sería actualmente posible a escala mundial"[38].

La represión a los movimientos de protesta de los estudiantes alemanes es particularmente cruenta en el mes de junio de 1967; manifestaban contra las "leyes de excepción" y el sometimiento del gobierno al imperialismo norteamericano que amenazaban el precario equilibrio de la democracia en Alemania Occidental: "al antisemitismo siguió el anticomunismo", sostienen; los diarios de la cadena Singer —tan pródigos en escándalos, pornografía y sensacionalismo— manifiestan ante el saldo de cuarenta heridos graves y un muerto que "la policía hace su duro deber"; el Senado de Berlín la sostiene y "*centenares de cartas dirigidas al Senado alemán claman por el empleo de ametralladoras contra los estudiantes*", consigna J. M. Palmier. En agosto de 1967 algunos berlineses sugieren "gasear" a los más empecinados; sin embargo la situación habría de culminar en febrero de 1968 cuando 50.000 berlineses desfilan pidiendo en grandes cartelones que "se eche a Dutschke de Berlín Oeste". A ésta le siguieron otras manifestaciones —con obreros en gran número— reclamando el arresto y expulsión de Rudi Dutschke. ¿Ausencia de conciencia de clase del proletariado alemán? Para Palmier, "la raíz del mal, como lo ha demostrado Marcuse, es mucho más profunda"[39].

Los aconotecimientos de Francia enmarcarán de una manera aun más clara —por su proyecciones públicas y sus consecuencias polémicas— el sentido de la mentada "teoría crítica de la sociedad" de Marcuse: "la técnica y la ciencia de los países industrialmente más avanzados se han convertido no sólo en la fuerza productiva primera, capaz de producir el potencial para una existencia satisfecha y pacificada, sino también en una nueva forma de ideología que legitima un poder administrador aislado de las masas". Ésta sería para Jürgen Habermas —de la escuela de Francfort— la tesis básica de Marcuse.[40].

Desde una perspectiva coincidente con Marcuse, aun cuando con diferencias importantes, André Gorz dice: "El interrogante vital que suscita Herbert Marcuse es si una sociedad industrialmente avanzada no producirá individuos esencialmente incapaces de sobreponer su buen sentido a las mezquinas exigencias y a las limitaciones a que están expuestos por el proceso que ha desatado la producción y el consumo de masas"[41].

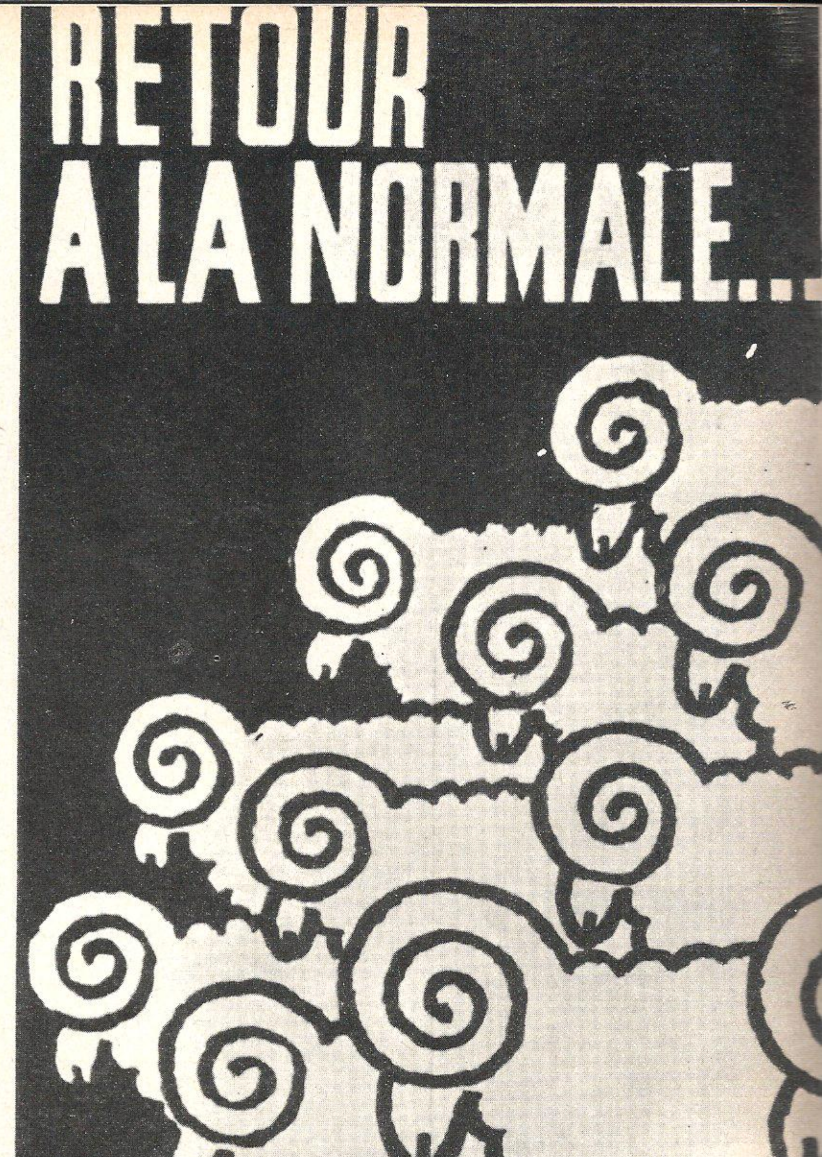
No obstante su posición declarada —marxista ortodoxa—, Henri Lefèbre, al interpretar los hechos que habrían de sucederse en la agitada semana de mayo, expresa: "el movimiento estudiantil pisoteo los despojos de diversas ideologías, no para dejar un lugar vacío, sino porque una necesidad teórica comenzó a hacerse evidente. Los estudiantes rechazan las representaciones e imágenes que les han sido ofrecidas, incluyendo el humanismo clásico y el tecnocratismo reinante. Ansían una nueva teoría, en cuya elaboración puedan tomar parte activa. Es entonces cuando se les propone Herbert Marcuse como 'maestro del pensamiento' y que se presenta su tesis de la *sociedad cerrada*"[42].

En el prólogo a la edición francesa, en el primer párrafo H. Marcuse mismo hace su exposición respecto a esta *sociedad cerrada* que expusiese en Europa por primera vez en París en un seminario dictado en la Escuela Práctica de Estudios Superiores en 1960: "He analizado en este libro algunas tendencias del capitalismo americano que conducen a una 'sociedad cerrada', cerrada porque disciplina e integra todas las dimensiones de la existencia, privada o pública. Dos resultados de esta sociedad son de particular importancia: la asimilación de las fuerzas y de los intereses de oposición en un sistema al que se oponían en las etapas anteriores del capitalismo, y la administración y la movilización metódicas de los instintos humanos, lo que hace así socialmente manejables y utilizables a elementos explosivos y 'antisociales' del inconsciente. El poder de lo negativo, ampliamente incontrolado en los estados anteriores de desarrollo de la sociedad, es dominado y se convierte en un factor de cohesión y afirmación. Los individuos y las clases reproducen la represión sufrida mejor que en ninguna época anterior, pues el proceso de integración tiene lugar, en lo esencial, sin un terror abierto: la democracia consolida la dominación más firmemente que el absolutismo, y libertad administrada y represión instintiva llegan a ser las fuentes renovadas sin cesar de la productividad."[43]

Desde el lado de los hechos —y las responsabilidades por su compromiso oficial—, André Malraux sostendrá que esto —los hechos de mayo— no es más que el principio del drama y que el movimiento de protesta no está dirigido ya ni al gobierno, ni a un sistema, sino a la misma civilización: "una civilización que es la más poderosa de todas y la única en última instancia, que tiene el poder de destruirse a sí misma", para concluir: "Actualmente, la civilización, de alguna manera, se desarrolla en el vacío". La *contestation* impug-

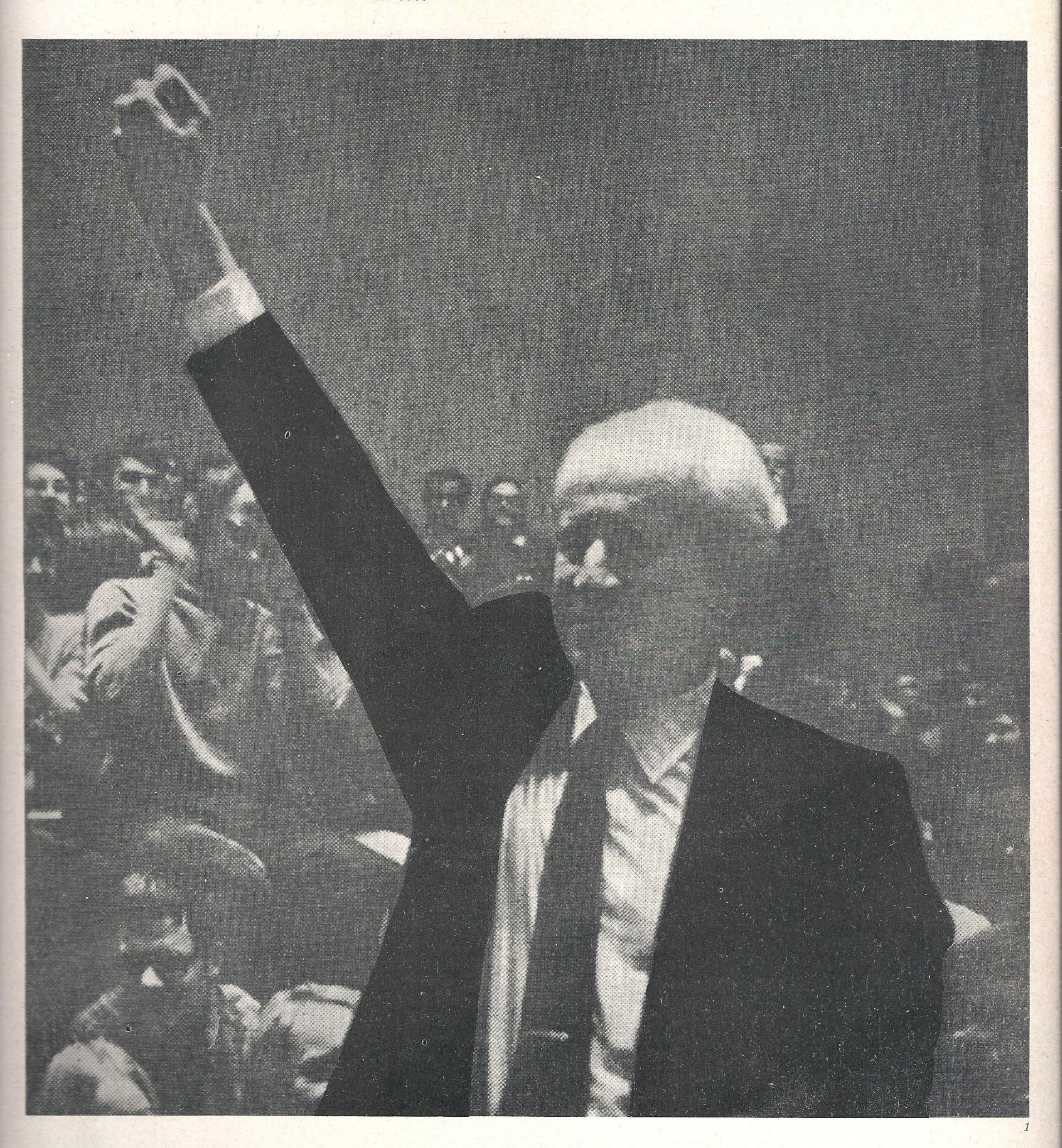


1



2

3



1

En la página 179:

1 y 2. Afiches realizados por estudiantes franceses durante la rebelión de mayo de 1968.

3. Enfrentamiento callejero entre universitarios y la policía de París en mayo de 1968.

1. Marcuse habla en una reunión estudintil.

naría, así, los fundamentos jerárquicos que la sostienen.[44]

Los acontecimientos que preludiaron la hulega general del 13 de mayo —a estar a las afirmaciones de uno de sus protagonistas, Daniel Cohn-Bendit, en su artículo *Nuestra Comuna del 10 de mayo*— no fueron previamente planeados. "Nosotros pensamos que un movimiento se desencadena cuando una situación objetiva lo justifica y lo motiva. Pensábamos, ya lo dije, que esta situación objetiva existiría el próximo año" (falta de aulas y docentes, desorganización e ineficacia de la enseñanza, sumada a la experiencia de la inutilidad de los movimientos pacíficos). "La estupidez del gobierno la creó en el mes de mayo: nosotros no tenemos nada que ver" [45]. Cuando la policía ocupó la Sorbona, el 3 de mayo, la iniciativa la tomaron los mismos estudiantes, en forma desorganizada: no se los podía abandonar; se organiza entonces la manifestación del día 10 que habría de prolongarse durante toda la noche, con barricadas, incendio de automóviles —para detener el avance de la fuerza pública—, que no obstante el diálogo mantenido con el rector Roche y el ministro Peyrefitte, con el objeto de evitar una masacre, reprimía con gases de combate (los mismos utilizados en Vietnam y contra los negros en USA). Se habían unido ya a los estudiantes multitudes de obreros que procuraban (desbordando las directivas de la CGT) una acción común y los vecinos del barrio Latino que arrojaban agua desde los balcones para mitigar los efectos del gas. Los manifestantes contraatacaban con los adoquines que habían levantado del pavimento: la consigna, sin embargo, había sido: "Mantenerse firmes pero jamás provocar". Saldo de la "noche de las barricadas": 500 detenidos, un millar de heridos, 200 automóviles incendiados, el barrio Latino en condiciones ruinosas.

"Si son violentos es porque están desesperados", diría luego Marcuse. En la misma entrevista había ya declarado: "Creo que los estudiantes se rebelan contro todo nuestro modo de vida, que ellos rechazan las ventajas de esta sociedad tanto como sus males y que aspiran a un modo de vida radicalmente nuevo: a un mundo donde la competencia, la lucha de los individuos, unos contra otros, el engaño, la crueldad y la masacre ya no tenga razón de ser. Un modo de vida que para retomar las nociones de mi *Eros y civilización*, ponga realmente los instintos de agresión al servicio de los instintos de vida y eduque a las jóvenes generaciones en vista a la vida y no a la muerte" [46].

El 13 de mayo París contempla la manifestación masiva más imponente desde la Liberación. A la noche, casi un millón de franceses desfilan por el centro de la ciudad desierta de policía uniformada y con el solo control de helicópteros del ejército; es una masa enorme con banderas rojas y negras donde se incorporan los obreros —ahora convocados por la propia organización— intelectuales y artistas, en homenaje a la resistencia heroica de los estudiantes en la semana anterior y en repudio al gobierno. Los estudiantes toman la Sorbona y en su cúpula a las banderas rojinegras se agregará la del Vietcong; entre las consignas, intentar llevar la agitación a las masas obreras. El 15 de mayo, 200 jóvenes obreros toman la fábrica Renault, reteniendo a los directores en las oficinas: se transforma así en la "Nanterre obrera" que impulsa el movimiento huelguístico más grande de Francia: "En una semana y sin ninguna coordinación sindical, Francia queda absolutamente paralizada: diez millones de obreros se han lanzado a la huelga" [47].

Luego, ya en junio, las tensiones decrecen en la medida en que los sindicatos reducen sus demandas a "reivindicaciones alimenticias", rechazando, en la medida en que se obtienen aumentos, a veces pequeños (destinados a ser rápidamente devorados por la inflación, dicen los opositores), los primeros postulados, considerados ahora como excesivos, "gratuitos" y propios de un exacerbado "aventurerismo". Palmier afirmará que la crisis de mayo "ilustra admirablemente la tesis de Herbert Marcuse" en el sentido de que los obreros no encarnarían ya más "la conciencia infeliz y revolucionaria de la historia" (en las sociedades industrialmente avanzadas).[48]

Respecto al desarrollo final de los acontecimientos caben muchas hipótesis; André Barjonet la llamará "la revolución traicionada" y Jean-Paul Sartre responsabilizará directamente al Partido Comunista Francés y a la CGT —a la izquierda consagrada, en suma— de haber rechazado una oportunidad que se brindaba en "bandeja de plata": propondrá, entonces, un movimiento a la izquierda del P. Comunista que "ponga en movimiento su política", atada aún no sólo a los acuerdos de Yalta y a la política exterior de la URSS, dice, sino además a una concepción social que separa la acción de obreros y estudiantes: "Hasta ahora ha sido indudable que nada era posible sin el Partido Comunista francés y la CGT; a partir de ahora es también indudable que nada es posible con el Partido Comunista francés y la CGT en su forma actual. Desgraciadamente la primera afirmación sigue siendo cierta aun cuando la segunda se impone. Es necesario pues que cambien el PC y la CGT, pero ciertamente no lo harán por sí solos. Ello sólo podrá producirse bajo la presión revolucionaria de la base y de los acontecimientos." [49]

Sartre, que había justificado históricamente al "stalinismo" —como única alternativa a la necesidad imperiosa de la "acumulación del capital primitivo" en la primera etapa de la revolución soviética—, disiente también con Marcuse en cuanto a la ineludible integración de la clase obrera en la sociedad de consumo, en lo que Marcuse caracteriza como una "confortable falta de libertad" [50].

Sin embargo, entre las experiencias positivas de mayo habrá que consignar el trabajo en común de estudiantes y obreros, la "autogestión" en instituciones y empresas, además de una sensibilización popular —en un medio ya casi limitado a la sola manifestación en las urnas— que sostuvo, a pesar de la incipiente organización circunstancial, algunas formas de "democracia directa", en servicios y organizaciones de interés público: mercados y transportes. Concluye Sartre: "El Che Guevara solía decir: 'Cuando lo extraordinario se apodera de las calles, es la revolución'. Lo que tuvimos en mayo no fue la revolución; pero sucedieron cosas extraordinarias y debemos tratar de defenderlas" [51].

Tampoco D. Cohn-Bendit —y menos aun Marcuse— definió, en su momento, el movimiento de mayo como una revolución; para Cohn-Bendit es el comienzo de una nueva forma de acción, un precedente; algunos lo equiparan, por su significación, al asalto al cuartel de Moncada por Fidel Castro. Herbert Marcuse dedica su último libro, *Ensayo sobre la liberación* —escrito antes de mayo del 68, pero actualizado con notas al pie— a los protagonistas de los acontecimientos: "La coincidencia entre algunas de las ideas sugeridas en mi ensayo y las formuladas por los jóvenes militantes fue sorprendente para mí. El caracter utópico radical de sus demandas sobrepasa con mucho las hipótesis de mis ensayos; y, sin embargo, estas demandas se suscitaron y formularon en el curso de la acción misma; son expresiones de una práctica política concreta" [52].

Frente al triunfo electoral degaullista en las elecciones que siguieron a los hechos, Marcuse se defenderá de la afirmación de *L'Humanité*: "cada barricada, cada automóvil quemado le dieron decenas de miles de votos al partido degaullista". "Esto es perfectamente cierto, tan perfectamente cierto como el corolario de que sin las barricadas y los automóviles quemados los poderes gobernantes estarían más seguros y serían más fuertes, y una vez absorbida y restringida la oposición por el juego parlamentario, castrarían y pacificarían más aún a las masas de las que depende el cambio. ¿Cuál es la conclusión? La oposición radical enfrenta inevitablemente la derrota en su acción directa, extraparlamentaria, de desobediencia civil, y hay situaciones en las que debe aceptar el riesgo de esta derrota si, al hacerlo, es capaz de consolidar su fuerza y denunciar el carácter destructivo de la obediencia civil a un régimen reaccionario" [53].

Marcuse y la nueva izquierda norteamericana

Será en EE.UU., según parece, donde Marcuse tiene una mayor popularidad, en la

Las tres M de la protesta de mayo.

1. Marcuse.

2. Mao Tse-tung.

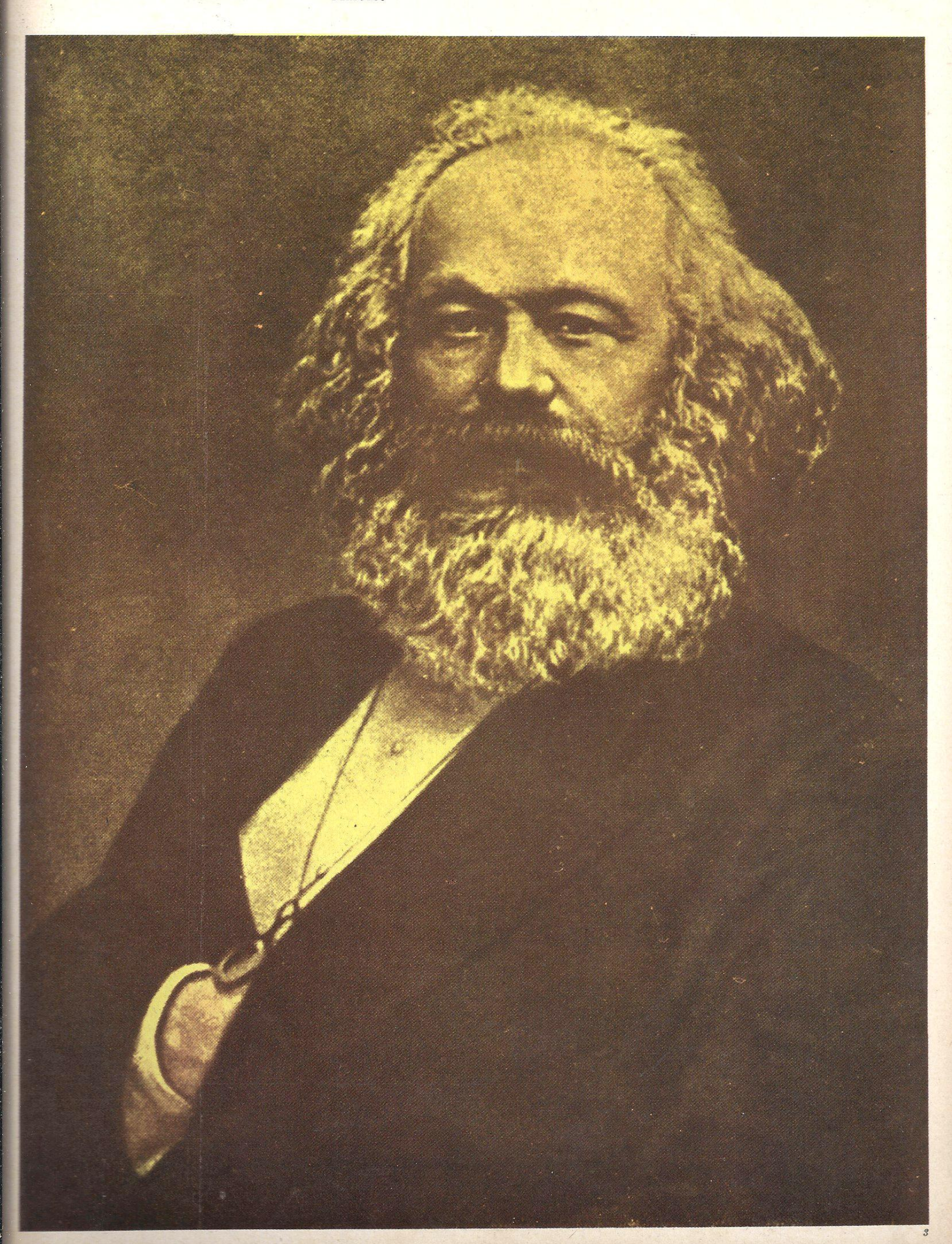
3. Marx.



1

2





3

llamada Nueva Izquierda —*New Left*—; contradictoriamente también allí —como en Francia, sobre todo, a partir de los hechos de mayo del 68— gracias a los grandes medios de comunicación de masas, frecuentemente anatematizados por Marcuse, puesto que "el impacto de Marcuse sobre la izquierda americana no es ni uniforme ni muy preciso" [54].

La resonancia mayor de los escritos de Marcuse estarían referido a la SDS —*Students for a Democratic Society* (Estudiantes para una Sociedad Democrática)— y a los grupos menos politizados donde ante la ansiedad provocada por los grandes problemas —derechos civiles, guerra de Vietnam, desocupación de los marginados, etcétera— la "oposición total" de Marcuse pareciera ofrecer el marco moral a las acciones de protesta contra el sistema, contra la *totalitaria* "sociedad de la opulencia". La *New Left* comenzó en el verano de 1967 a diferenciarse de los movimientos anteriores, limitados fundamentalmente a manifestaciones públicas y desobediencia civil pasiva. A partir de agosto de 1967 procuró ampliar su simple solidaridad con las rebeliones negras y con el Frente de Liberación del Vietnam intentando impedir —por las vías del hecho— la directa colaboración universitaria a la guerra (investigaciones científicas y técnicas), el enrolamiento militar para una guerra "no declarada", resistencia a arrestos, etc., en lucha abierta con las fuerzas del orden. Johnson y muchos profesores universitarios se oponen a estas acciones por su carácter violento: el *slogan* de los SDS —movimiento central de la *New Left*— es "De la protesta a la resistencia". "Si este país ha de ser el policía del mundo, tendrá que empezar por meter en la cárcel a su juventud" —claman frecuentemente los jóvenes.

Desde ya se trata de un movimiento minoritario puesto que la gran mayoría queda abarcada —gracias a la "falta confortable de libertad"— mediante no sólo las gratificaciones materiales conocidas de un alto standard de vida, sino que por el control mismo del pensamiento de la *mass media*. Marcuse mismo, frente a las propuestas de deignar el movimiento como "poder estudiantil", ha expresado sus reservas, puesto que en un sentido mayoritario —o *democrático*— los estudiantes son reaccionarios, sostiene, sobre todo en los EE.UU., donde los vínculos con la Universidad —por el afán y urgencia del trabajo remunerado— quedan casi exclusivamente circunscriptos a los términos de una formación profesional.

El movimiento estudiantil nació en la década del 60 y es casi una consecuencia política inevitable en un país prácticamente sin oposición obrera ni partidos de izquierda; sin embargo es un movimiento inorgánico que carece hasta el momento de una real organización que lo vincule en su interior y con los de oposición similares, no digamos en el orden nacional, puesto que no alcanza ni siquiera al regional o estatal. Además, su rechazo a formas rígidas de organización y a una forma ideológica exclusiva, constituye una de las características del movimiento; sus tácticas quedan, de esta manera, supeditadas a la contingencia de los hechos, sobre los que ejercen su oposición activa. Significa, sin embargo, el nacimiento de una "oposición determinada" —con el agravante de que se da en la fuente misma de la perpetuación del sistema (los cuadros que por su nivel técnico habrán de conducirlo en el futuro inmediato) y en el seno del medio social donde aparentemente se dan sus beneficios: de allí la vinculación del movimiento a la prédica de Marcuse.[55]

El hombre unidimensional, del año 1964, y *Tolerancia represiva* son escasamente conocidos entre los integrantes de la Nueva Izquierda; menos aún lo son otros pensadores vinculados a esta corriente del pensamiento como Adorno, Horkheimer, Benjamin, etc., por lo demás tan extraños a la tradición sajona; la misma vaga idea que tienen del marxismo (en una concepción positivista y mecanicista) les impide mayores elaboraciones en la materia; sin embargo a partir de *El hombre unidimensional* será Marcuse el autor más discutido —e incorporado— por la Nueva Izquierda, en oposición a la izquierda tradicional —nucleada alrededor de publicaciones como el *Monthly Review*—, que lo ataca por considerarlo contrario a las leyes de la economía política, en beneficio de una *teoría crítica literalizante*: esto quedó evidenciado en la publicación de una polémica de *El hombre unidimensional* (una de las pocas oportunidades en que Marcuse haya respondido a las críticas), publicada tres años después de la aparición del libro, lo que indicaría la preocupación de la izquierda "ortodoxa" por el interés despertado por Marcuse en la Nueva Izquierda.

La Nueva Izquierda enrostrará a la izquierda tradicional su incapacidad para hacer una crítica radical al capitalismo avanzado —anclados, dicen, en el marxismo de fines de siglo y comienzos del XX—, una crítica que reivindique "las necesidades humanas, los deseos y las capacidades suprimidas por esa civilización" [56].

La cuestión generacional, a veces señalada como característica distintiva del movimiento, sería secundaria; caso contrario se daría la paradoja de este hombre, Marcuse, del otro siglo, líder de jóvenes, algunos casi adolescentes.

Lo cierto es que textos, frases y tácticas de Marcuse comienzan a ser incorporadas en forma creciente por la Nueva Izquierda; en los años 1964 y 65 se dan situaciones y manejos del gobierno en la administración del poder que confirman las hipótesis del *Hombre unidimensional* al deteriorar —por concesiones y pequeñas reformas— el movimiento negro por la igualdad; surge, al mismo tiempo la conducción de Malcolm X, cuyas ideas —que habrían de configurar, luego, el "poder negro"— subestiman la integración en la sociedad norteamericana, restando importancia a la presencia de los blancos (*radicals*) en el movimiento. Los universitarios, entonces —y ante el recrudecimiento de la guerra con los bombardeos a Vietnam del Norte y la invasión a la República Dominicana— se retiran a sus *campus* y a las ciudades del norte, a luchar contra los centros de la industria militar: llevan no sólo la experiencia y disciplina militante hecha en los movimientos por los derechos civiles en el sur (y una visión humana para muchos inusitada), sino además conciencia de la inutilidad respecto al cambio esperado en la sociedad. En este contexto Marcuse atenderá las críticas y dificultades de lectura de sus libros, mediante artículos y conferencias en vista a su eficacia política. Sin embargo, al mismo tiempo que sus integrantes —a partir de la teoría compartida de Marcuse— se proponen formas de vida acordes al cambio propuesto, exentas de los vicios del sistema (la competencia y la agresión, por ejemplo) y surgen corrientes que procuran explicar la acción, más allá de toda teoría y haciendo uso del "derecho natural de resistencia", caen en el "activismo inconsciente"; esta tendencia al "activismo inconsciente" constituye un problema que los sostenedores del desarrollo de la teoría crítica procuran compensar mediante la difusión de trabajos y artículos: surge así *Alternatives*, que aspira a aparecer periódicamente y que con *Catalyst* —publicada por jóvenes sociólogos de la Universidad del Estado de Nueva York, Bufalo— representan los medios que canalizan el pensamiento de Marcuse en la Nueva Izquierda. En este segundo momento de consolidación del movimiento estudiantil había surgido en febrero de 1965, en la Universidad de California —Berkeley— el movimiento por la *libertad de palabra* (el *Free Speech Movement*).

Marcuse había señalado la alternativa de crisis planteada por el desarrollo de la automatización masiva y la creciente desocupación unida a la posibilidad de una reducción del imperio norteamericano: esto podría llevar, por vía de la represión, al fascismo declarado en EE. UU. aun cuando, dice, existe la posibilidad de que "la oposición de la juventud norteamericana consiguiera un efecto político", agregando que esta oposición total está exenta de ideología (la socialista, inclusive): sería en definitiva, la "negación determinada" del sistema dominante. Aclara Marcuse que esta formulación no se refiere a lo que es actualmente la Nueva Izquierda sino a lo que implícitamente puede llegar a ser, aclarando que dadas sus características de inorganicidad, sólo aliándose con las fuerzas que resisten "desde afuera" puede llegar a configurar una real vanguardia.

El mismo Marcuse hará una detallada ex-

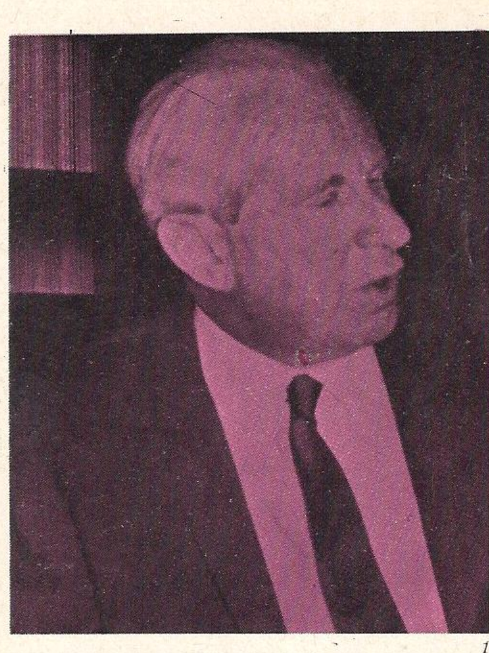


1 2

1. La policía entra a la Facultad de Letras de París en mayo de 1968.

2. Los estudiantes franceses ocupan facultades en mayo de 1968.

Marcuse



1

1. Herbert Marcuse en París en mayo de 1968.

2. Marcuse en un debate con estudiantes en junio de 1969

En la página 189:

1. Líderes estudiantiles en Londres: entre otros Daniel Cohn-Bendit y Alain Gesimar.

posición de la Nueva Izquierda en *El final de la utopía*, en julio de 1967; afirma, entonces, que es un movimiento de oposición —donde se incluye el movimiento de los estudiantes— "fiel reflejo de la sociedad autoriario-democrática del éxito y del rendimiento", que carece de portavoces propiamente políticos: el poeta Allen Ginsberg tiene allí una gran influencia.[57] La oposición se concentra así —por el fenómeno de transformación de lo "negativo en positivo", dirá Marcuse— tanto entre los marginados como entre los mismos privilegiados: "son capas (las de los privilegiados) que poseen aún un saber y una conciencia de la contradicción, que constantemente se agudiza, y del precio que la llamada sociedad opulenta hace pagar a sus víctimas".[58]
Los marginados, a los que la sociedad de la abundancia no puede ni quiere satisfacer, son los que, según Marcuse, constituyen el pivote de la lucha de emancipación en los países del tercer mundo; llegarán de hecho a constituir en EE. UU. el nuevo proletariado, a pesar de sus diferencias internas (negros contra portorriqueños, por ejemplo). La oposición no sólo está dirigida contra el *american way of life* sino que además "contra el terror ejercido fuera de las metrópolis" [59]. Para Marcuse, la falta de la posibilidad —en los países centrales, industrialmente avanzados— de una "conciencia de clase", la "negación determinada" —es decir, el sujeto del cambio— se organiza a partir de la simple conciencia. Así, al referirse a lo que él llama "el fin de la utopía" —o, lo que es lo mismo, la posibilidad cierta de su realización, gracias a los medios que el hombre dispone hoy para la construcción de una sociedad libre— atribuye a la conciencia de su necesidad la fuerza definitiva para superar, nada menos que el "continuo progreso"... "pues la situación característica y el factor subjetivo de la sociedad existente es el endoctrinamiento de la conciencia"... "Creo que el desarrollo de la conciencia, el trabajo por desarrollar la conciencia —esa desviación idealista, si así quieren ustedes expresarlo— es hoy de hecho una de las tareas capitales del materialismo, del materialismo revolucionario" [60].
Desvirtuará que él suponga que la oposición intelectual sea ya en sí misma una fuerza revolucionaria; tampoco hoy, dice, ni siquiera los frentes de liberación de los países atrasados constituyen una amenaza cierta contra el capitalismo tardío, pero todos estos elementos constituyen fuerzas de oposición que habrán de tener importancia fundamental en el momento —ya próximo, afirma— en que el sistema haga crisis.[61]
Para Marcuse, Vietnam significa "la inflexión en el desarrollo del sistema y acaso el comienzo del fin. Pues aquí se ha puesto de manifiesto que el cuerpo humano y la voluntad humana pueden tener en jaque con armas mínimas al sistema de destrucción más eficaz de todos los tiempos. Y esto es una novedad histórica universal" [62].
Respecto al "sujeto histórico del cambio" —que responda "a las nuevas condiciones objetivas", dice— Marcuse será aún más categórico en su último libro, *Un ensayo sobre la liberación*: "Para la teoría marxista, la localización (o más bien, la contracción) de la oposición en ciertos estratos de la clase media y en la población de los ghettos representa un intolerable desvío, como también el énfasis en las necesidades biológicas y estéticas: un regreso a la ideología burguesa o, lo que es peor, a la aristocrática. Pero en los países avanzados monopolistas-capitalistas, el desplazamiento de la oposición (de las clases trabajadoras industriales organizadas a minorías militantes) está causado por el desarrollo interno de la sociedad; y la "desviación" teórica sólo refleja ese desarrollo; puesto que además, "el cambio", sostiene Marcuse, va "mucho más allá de las expectativas de la teoría socialista tradicional" [63].
Herbert Marcuse es un hombre que ha superado los setenta años, alto (un metro ochenta), ligeramente encorvado, con una estampa a la antigua y un fuerte sentido de humor cáustico, sobre todo en las réplicas. Vive en San Diego, California, con su esposa Inge, rodeado por la naturaleza que le apasiona (es además, miembro de la comisión del zoológico); tiene profundos conocimietos de idiomas: habla alemán, su lengua de origen; inglés, su lengua de adopción; francés y ruso, y entiende italiano y español.
Jürgen Habermas se lamenta de que el gran conocimiento público haya deteriorado un tanto la imagen de su persona, sincera y y amable. Lo recuerda frente al océano Pacífico, en Santa Bárbara, como llamando al ancho océano a testimoniar: "¿Cómo puede seguir habiendo gente que niega la existencia de las ideas?".[64]
Creemos que esta reflexión puede vincularse a su obra, caracterizada —antes que nada— por una profunda e irrefrenable vocación especulativa; de ahí su límite.
En la consideración de sus trabajos nos referiremos, en particular, a algunos de los temas de *Eros y civilización* y *El hombre unidimensional*, por entender que condensan, de alguna manera, la problemática y la actualidad de su obra.

Marcuse y la reflexión sobre Freud

Para una mejor comprensión de la relación de Marcuse con las teorías de Freud resulta importante recabar la crítica de Marcuse al revisionismo postfreudiano.
La metapsicología de Freud implica las exigencias del medio sobre el *yo* y sus últimas consecuencias: si la estructura social está alienada termina provocando la *reificación* total del hombre. No es el *yo* el que actúa sobre el medio sino que, por el contrario, es el medio el que exige la transmutación del *yo*. Habría sido Wilhelm Reich quien mejor captó el aspecto social implícito en las ideas de Freud al sostener que "la represión sexual está provocada por los intereses de la dominación y explotación".[65]. También el Erich Fromm de los años treinta habría tratado de establecer la conexión existente entre la estructura instintiva y la estructura económica; pero a partir de 1947 se debilita su concepción de la sexualidad, reduciendo la sustancia social y subsecuentemente la crítica sociológica del psicoanálisis.
Marcuse se propone devolver a la teoría freudiana su carácter de protesta frente al neofreudismo que pretende "la salvación del hombre" en un medio alienado, adaptación pasiva a la realidad como inmediatamente se da: "como el psicoanálisis ha llegado a ser social y científicamente respetable, se ha liberado a sí mismo de las especulaciones comprometedoras".[56]
El interés de Marcuse por Freud está vinculado al propósito general de explicitar las formas socio-históricas que asume el concepto de *represión* en la sociedad industrial avanzada. No se propone completar a Freud desde afuera sino recapturar la instancia histórica implícita en el carácter histórico de los contenidos freudianos. Ello es posible porque la *necesidad* del desarrollo biológico universal, como lo sostiene Freud, es debida a que toda la civilización se "ha constituido como una dominación organizada". Marcuse propone una "extrapolación" que se derive de las nociones y proposiciones de Freud a fin de establecer un correlato crítico entre las alternativas biológicas y los términos que denoten el componente socio-histórico específico [67].
Los dos principios básicos de Freud, el *principio del placer* y el *principio de realidad*, son la clave de la interpretación de Marcuse.
La civilización se inicia cuando el hombre posterga y reprime el principio del placer por el de realidad. Esta represión, que implica la sustitución "de la satisfacción inmediata por la satisfacción retardada, del placer por la restricción del placer, del juego por el trabajo, de la receptividad por la productividad y de la ausencia de represión por la seguridad" [68], está en la base de la concepción de la historicidad de la vida instintiva del hombre, según Marcuse.
"El animal hombre llega a ser un ser humano sólo por medio de una fundamental transformación de su naturaleza que afecta no sólo las aspiraciones instintivas sino también "los valores" instintivos" [69].
A partir de la sustitución del principio del placer por el de realidad los deseos del hombre, sus apetencias, no son más suyos sino que están organizados por la sociedad. "Bajo el principio de realidad, el ser humano desarrolla la función de la razón" [70], adquiere las facultades de la atención, de la memoria y del juicio; llega a ser un sujeto consciente insertado en la racionalidad que le es impuesta desde el exterior, es decir, que la represión no proviene de la naturaleza sino de la sociedad. Es en torno a la autoridad —dominio— del padre

que se organiza la vida en sus formas primitivas; el dominio se expresa en una serie de tabúes acompañados de deberes, el primero de los cuales es el trabajo. Esta represión provocada desde afuera tiene su mayor defensa en la autorrepresión, que disimula así las formas de represión social.
La mecánica de la represión individual se aplica también a la sociedad: el motivo por el que la sociedad impone represión es económico. En este punto Marcuse examina un texto de *Introducción al psicoanálisis* donde Freud se refiere al concepto de *escasez*. La modificación represiva de los instintos es reforzada y mantenida, según Freud, por la eterna lucha por la existencia. La escasez enseña a los individuos que no es posible la gratificación libre y total de sus impulsos, para concluir que el motivo de la restricción de la estructura instintiva es económico [71].
Marcuse observa que si bien la tesis de Freud lo lleva a admitir que la civilización no represiva es imposible, su propia reflexión, surgida desde la miseria y el sufrimiento, sería una muestra a favor de la libertad y que por haber expuesto la falta de libertad puso en evidencia las aspiraciones de la humanidad más allá de todas las restricciones.
Pero el punto de discrepancia de Marcuse con Freud consiste en considerar que el argumento de la escasez y de la penuria es falso en tanto que se lo aplica al hecho bruto de la escasez "cuando en realidad es consecuencia de una organización específica de la escasez y de una actividad existencial reforzada por esta organización" [72].
Marcuse frente a Freud marca el carácter histórico preciso de la escasez; la organización implica racionalidad, que adquiere en la actualidad la forma de una "violencia absoluta" gracias a la perfección de los resortes administrativos: "la *distribución* de la escasez, lo mismo que el esfuerzo por superarla (la forma de trabajo), ha sido *impuesta* sobre los individuos: primero por medio de la mera violencia; subsecuentemente por una utilización del poder más racional. Sin embargo, sin que importe cuán útil haya sido para el progreso del conjunto, esta racionalización permaneció como la razón de la dominación, y la conquista gradual de la escasez estaba inextricablemente unida con el interés de la dominación y conformada por él. La dominación difiere del ejercicio racional de la autoridad. El último, que es inherente a toda división social del trabajo, se deriva del conocimiento y está confinado a la administración de funciones y arreglos necesarios para el desarrollo del conjunto. En contraste, la dominación es ejercida por un grupo o un individuo particular para sostenerse y afirmarse a sí mismo en una posición privilegiada." [73]
La determinación y el ejercicio de la autoridad resultan, así, ejercidos en función de privilegios históricamente establecidos.
Además de la *represión básica* —necesaria para la perpetuación de la raza humana en la civilización— Marcuse distingue una forma de represión *adicional* y añade el principio de *actuación* (principio de realidad constituido): "Cada forma del principio de realidad debe expresarse concretamente en un sistema de instituciones y relaciones, leyes y valores sociales que transmiten y refuerzan la requerida 'modificación' de los instintos" [74].
Los intereses específicos de dominación se ejercen a través de controles adicionales en la estructura familiar-monogámica, mediante la orientación de la sexualidad, de la división del trabajo y de la regulación de la vida del individuo por parte de la sociedad.
La desviación de la sexualidad de su fin específico —el placer— se provoca no sólo porque la sexualidad atenta contra el progreso de la civilización sino especialmente porque enfrenta la civilización, cuyo progreso perpetúa la dominación y el esfuerzo [75]. El principio de realidad opera la sujeción de los instintos sexuales a la función procreativa y todas las formas de gratificación no procreativa están consideradas como perversiones.
La perpetuación de la familia monogámica suministra ejemplos de represión adicional. El falseamiento de las relaciones conyugales o de padres a hijos expresa la racionalidad de un sistema que procura solamente perpetuar la represión con el objeto de evitar la explosión de los instintos de la vida, "fortaleciendo, en cambio, las mismas fuerzas contra las que fueron llamadas a luchar —las fuerzas de la destrucción" [76].
Dentro del sistema actual lo que mejor manifiestan los mecanismos represivos es la organización del trabajo, que, conforme al pricipio de actuación, corresponde a la sociedad industrial en constante proceso de expansión y donde la dominación es cada vez más racionalizada. "Los hombres no viven sus propias vidas sino que realizan funciones preestablecidas. Mientras trabajan no satisfacen sus propias necesidades y facultades sino que trabajan enajenados". El trabajo no produce satisfacción sino que "es un tiempo doloroso, porque el trabajo enajenado es la ausencia de gratificación, la negación del principio del placer" [77]. En esta situación el hombre "existe sólo parte del tiempo"; durante el tiempo del trabajo es un instrumento de actuación enajenada.
En el ámbito de la sociedad adquisitiva el hombre enajena también su tiempo libre, pues vive en el ámbito de una dominación radicalizada: la satisfacción está determinada por los mismos instrumentos de represión: los medios tecnológicos, propaganda, televisión, etcétera.
"El alto nivel de vida en el dominio de las grandes corporaciones es *restrictivo* en un concreto sentido sociológico: los bienes y servicios que los individuos compran controlan sus necesidades y petrifican sus facultades. A cambio de las comodidades que enriquecen su vida, los individuos venden no sólo su trabajo sino también su tiempo libre. La vida mejor es compensada por el control total sobre la vida" [78].
Las sociedades tecnológicamente avanzadas han adoptado formas mucho más refinadas de represión; tienden no tanto a fortificar los controles del instinto cuanto a los de la *conciencia*, con el propósito de que el hombre no sienta la represión y no pueda, consecuentemente, rebelarse contra ella.
Como la sociedad no puede usar su creciente productividad para reducir la represión, la productividad se revierte sobre los individuos convirtiéndose, de este modo, en un instrumento de control universal. Incluso, "la libertad y gratificaciones actuales están ligadas a los requerimienetos de la dominación" [79]. La sociedad actúa sobre los mecanismos más inconscientes de la personalidad. Marcuse retoma las tres estructuras de la personalidad reconocidas por Freud —*ello, yo* y *superyó*— para examinar la insidencia de los factores de dominio. En este predominio total se manifiesta el carácter totalitario de la sociedad, disimulado en las "libertades aparentes". "El yo se socializa prematuramente fuera del ámbito familiar"; "la familia llega a ser menos decisiva en la dirección del ajuste del individuo a la sociedad; el conflicto padre-hijo deja de ser el conflicto modelo" [80]. Por otra parte, se produce la automatización del superyó: "El superyó maduro parece omitir el estado de individuación: el átomo genérico llega a ser directamente el átomo social" [81] y los impulsos agresivos pierden todo sentido.
Al desaparecer el antagonismo señalado por Freud entre el yo, el ello y el superyó el sistema absorbe en su totalidad el sentimiento de culpa y hace estallar la agresividad y la violencia hacia el exterior: "Ésta se expresa no sólo marginalmente en las guerras neocoloniales, en el racismo, en las persecuciones sino que fosiliza la misma situación internacional" [82].
Frente a esta situación cabe preguntarse en qué medida es posible pensar que sea superable la represión adicional. Marcuse no pretende responder a este problema a nivel de una descripción económica y política sino simplemente a nivel individual y en el orden de una organización instintiva que correspondería a un estado mínimo de represión. Responde a este problema en la segunda parte de *Eros y civilización: Más allá del principio de realidad*, donde —con el argumento de Freud mismo— sostiene que la *líbido* sin restricciones provenientes del exterior (medio social) encuentra en sí misma sus mecanismos de autorregulación.

Marcuse y la tecnología

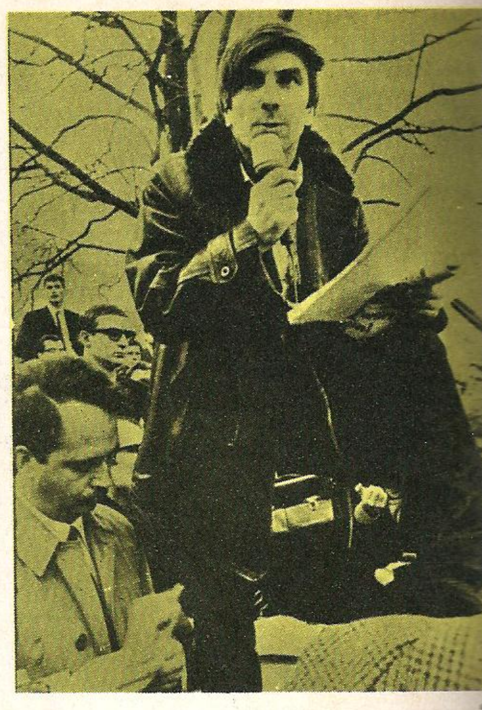
Marcuse sostiene que el imperio de la "conciencia feliz" en la sociedad industrial *avanzada*, refleja un nuevo conformismo que se traduce en conducta social, siendo consecuencia de los logros materiales que



1



1



2



3

1. Daniel Cohn-Bendit en 1968.

2. Rudi Dutschke en el congreso de Friburgo.

3. Herbert Marcuse.

En la página 193:

1. Herbert Marcuse de vacaciones en Cabris.

procura la tecnología. Las tensiones y oposiciones habrían sido eliminadas por el sistema en su incesante absorción de los contrarios gracias a una creciente producción de bienes y servicios. Sin embargo —dice Marcuse— su forma de racionalidad no es más que aparente: la "opulencia" recurre necesariamente al despilfarro —en procura, incluso, de un mecanismo de compensación— mientras las necesidades elementales del hombre, por ejemplo, no se satisfacen o por lo menos no lo hacen en orden de prioridades, proyectándose además —tanto en lo interno como hacia el exterior— con una agresividad creciente; en un momeneto en que los medios disponibles podrían liberar al hombre de la competencia brutal, implican, contradictoriamente, miseria y destrucción.

Para Marcuse el origen de esta "irracionalidad" que configura realmente el sistema está en el carácter represivo de las relaciones que establece entre los individuos a partir de la organización del trabajo mismo. Marcuse no establece en este orden diferencias cualitativas entre las potencias, capitalista y socialista, puesto que en su conducción actual, dice, la "coexistencia pacífica" se reduce a la *competencia pacífica* y donde, por su rotunda eficacia privan los "modelos" y "valores" de los Estados Unidos.

Este proyecto de desarrollo histórico, que Marcuse caracteriza como típicamente occidental, está basado en la doctrina política de la dominación y del progreso, consecuencia directa de la ideología generada —y relativamente autónoma— a partir del desarrollo de la tecnología; tecnología surgida de una ciencia instrumental resultante, desde su mismo origen, de una clara "lógica de dominación", de una lógica formalizada, instrumento de determinados intereses políticos.

La "conciencia feliz", en consecuencia —y a partir del volumen creciente de bienes materiales distribuidos a masas cada vez mayores—, impregna y configura los *mass-media,* los medios de comunicación masiva, en particular, el arte, la literatura, la cultura en fin, haciendo cada vez más difusa, en último análisis, la oposición real y hasta su misma necesidad, por donde la "libertad", por ejemplo, es una simulación, "simulación que confirma al sistema". Otra de las consecuencias en una sociedad así constituida —donde la necesidad del cambio resulta imperiosa por las desastrosas consecuencias humanas, que llevan al hombre "al borde mismo de soportación"— es la dificultad en la determinación del sujeto histórico del cambio que habrá de asumir la "negación determinada" al sistema; en una palabra, habría para Marcuse un desacuerdo, en la sociedad industrial avanzada, entre las condiciones objetivas del cambio y las subjetivas, sumidas en la difusión e imprecisión —deliberadas— del medio.

Uno de los aspectos más evidentes de este comportamiento social —que el sistema procura contener y conducir— se manifiesta en lo que Marcuse, a partir de la "sociedad cerrada", designa como "la clausura del universo del discurso".

El lenguaje se constituye en elemento mediatizador, siendo su carácter esencial su instrumentalidad y el autoritarismo consecuente por la identificación de la reflexión con el hecho y la definitiva sustitución del concepto por la imagen. Esta última etapa de constricción —de fácil traslado a los medios masivos como el cine y la televisión— está ya presente en la misma desponderación significativa del lenguaje oral y escrito. Las "relaciones públicas", por ejemplo, maniobran (en ámbitos específicos) a los fines del ajuste de los individuos y la sociedad a la estructura económico-social del sistema, inmovilizándolo mediante la conocida fórmula de E = R (Estímulo igual Respuesta) de la propaganda y la publicidad y que, aún no "creídas" por las gentes, aclara Marcuse, pero tampoco rechazadas, terminan configurando su conducta.

"Este estilo tiene una abrumadora *concreción*". La "cosa identificada con su función" es más real que la cosa separada de su función, y la expresión lingüística de esta identificación (en el sustantivo funcional, y en las diferentes formas de contracción sintáctica) crea un vocabulario y una sintaxis básicos que impiden el paso de la diferenciación, la separación y la distinción. Este lenguaje, que constantemente impone *imágenes*, milita contra el desarrollo y la expresión de *conceptos.* Su inmediatez y su estilo directo impiden el pensamiento conceptual: así, impiden el pensamiento." [83].

Marcuse concluye: "El lenguaje unificado, funcional, es un lenguaje irreconciliablemente anticrítico y antidialéctico. En él la racionalidad operacional y *behaviorista* absorbe los elementos trascendentes negativos y oposicionales de la razón." [84]

Al análisis de la represión ejercida por el sistema sobre el individuo —a nivel de manipulación de los instintos—, realizada a propósito de la implicancia freudiana (que Marcuse explicita, como vimos, en *Eros y civilización*), se le sumará, en *El hombre unidimensional,* la que corresponde específicamente a la determinante tecnológica en la organización del trabajo.

Con este fin Marcuse intenta una reflexión histórica para poder analizar desde sus orígenes mismos en el mundo griego el inicio del pensamiento occidental que informa la ciencia y que terminará generando esta tecnología del dominio. "El juicio histórico de Marcuse está invertido con respecto a los términos de la historiografía tradicional: los hombres no se han adecuado a una racionalidad objetiva sino que, por el contrario, han desarrollado un "comportamiento racional" apto para continuar y desarrollar una relación de dominio sobre la naturaleza y por consiguiente sobre los hombres" [85].

Las etapas tecnológicas y pretecnológicas, afirma Marcuse, comparten ciertos conceptos básicos sobre el hombre y la naturaleza que expresan la continuidad occidental en el proceso: las variantes y contradicciones quedan reducidas por los logros de la civilización industrial *avanzada* que lleva al triunfo la realidad unidimensional sobre toda contradicción.

En el mundo clásico el filósofo-hombre de Estado es el que domina la pura contemplación (teoría) y la práctica guiada por la teoría; la verdad que él pregona es teóricamente *universal*: el esclavo en el *Menón* de Platón puede comprender la verdad de un teorema geométrico; sin embargo, su situación de tener que pasarse la vida trabajando para poder subsistir le impedirá vivir *en* y *con* la verdad. Esta situación se justifica por el hecho, según Marcuse, de que entonces la esclavitud era resultante del trabajo socialmente necesario, aun cuando "toda existencia que se agota buscando los prerrequisitos de la existencia es falsa y sin libertad". Dado que, no obstante los cambios en la relación de la estructura social (esclavo, siervo, asalariado), el trabajo se ha ido organizando —en contradicción con el desarrollo de los medios de producción—, la libertad no caracterizaría la diferencia esencial entre el mundo pretecnológico y el tecnológico.

Para Marcuse tal diferencia provendría, en todo caso, del desarrollo de la razón y del consiguiente proceso de formalización a que la somete el proyecto histórico occidental, excluyente de toda posibilidad dialéctica del pensamiento.

Sócrates, por su parte, en el mundo griego ejemplifica una forma de pensamiento crítico negativo y el desprecio por las tentaciones de "lo positivo"; el pensamiento socrático es *crítico* frente a la sistematización —a pesar de la dialéctica de las ideas— de Platón y la formalización de la lógica-silogística de Aristóteles. De ahí el carácter político del discurso socrático y, al precisar los valores de *justicia, virtud, conocimiento,* etc. (en una tensión crítica entre "es" y "debe"), subversivo: el análisis socrático supone una nueva "polis".

Marcuse reconocerá en la filosofía una condición terapéutica que es fundamentalmente política —aun cuando no necesariamente formulada como tal —en la medida en que los conceptos de la filosofía entienden comprender la realidad sin mutilarla, circunscriptos — para Marcuse— en el marco ideológico, "que es su destino mismo, un destino que ningún cientificismo o positivismo pueden superar". Su esfuerzo crítico puede, sin embargo, "mostrar la realidad como aquello que realmente es y mostrar aquello que la realidad evita que sea" [86].

Marcuse continúa señalando que "la lógica formal es el primer paso en el largo camino hacia el pensamiento científico" y que aun siendo muy diferentes los procedimientos de la lógica antigua de la moderna "la construcción de un orden universalmente válido de pensamiento neu-

tral con respecto al contenido material está más allá de toda diferencia" [87].

Pero sucede que, ante la evidencia de su eficacia en "la dominación" del método de cuantificación matemática, la ciencia moderna lo hizo extensivo a todos los órdenes de la realidad, el social en primer lugar: el pensamiento se limitará, en sucesivas reducciones, a servir y contener el orden establecido de los hechos.

"El *a priori* tecnológico es un *a priori* político en la medida en que la transformación de la naturaleza, implica la del hombre y que las creaciones del hombre salen de y vuelven a entrar en un conjunto social; "... cuando la técnica llega a ser la forma universal de la producción material, circunscribe toda una cultura, proyecta una totalidad histórica: un *mundo*" [88].

Los principios de la ciencia moderna se han constituido para cumplir una función de control: "el operacionalismo teórico llegó a corresponder con el operacionalismo práctico. El método científico que lleva a la dominación cada vez más efectiva de la naturaleza llega a proveer así los conceptos puros, tanto como los instrumentos para la dominación"... "Hoy, la dominación se perpetúa y se difunde no sólo por medio de la tecnología sino como tecnología, y la última provee la gran legitimación del poder político en expansión, que absorbe todas las esferas de la cultura" [89].

El proceso, que en su origen fue liberador —en cuanto permitió al hombre servirse de la naturaleza—, fue, cada vez, separándose más hasta llegar a coincidir con la razón de una "sociedad racionalmente totalitaria": "El universo totalitario de la racionalidad tecnológica es la última transmutación de la idea de razón" [90].

Marcuse concluye señalando que incluso los logros más revolucionarios de la ciencia —como consecuencia de su aplicación— cumplirían con respecto a las formas de vida institucionalizadas "una función estabilizadora, estática, conservadora". De esta forma la ciencia y la tecnología quedan, en su forma actual, incluidas en los instrumentos de la dominación.

Perspectivas críticas a la obra de Marcuse

Marcuse se manifiesta como persona evidentemente impresionable por los acontecimientos inmediatos; su obra —tanto la producida en Alemania como en los Estados Unidos— tal vez no sea ajena a esta particularidad. La visión pesimista de *El hombre unidimensional* (con la patética frase final de Benjamín: "Sólo gracias a aquéllos sin esperanza nos es dada la esperanza"), es desmentida para la concepción de Marcuse, aparentemente, por la ilusión que le aporta la rebelión de mayo de 1968 de París y el movimiento europeo y americano sumado a algunos hechos significativos en el orden internacional, según puede comprobarse en *Un ensayo sobre la liberación*, donde a su pesimismo global opone mecánicamente una visión optimista: los estudiantes como percutores de un proceso revolucionario desde fuera del sistema, ahora ubicado preferentemente en los países del tercer mundo.

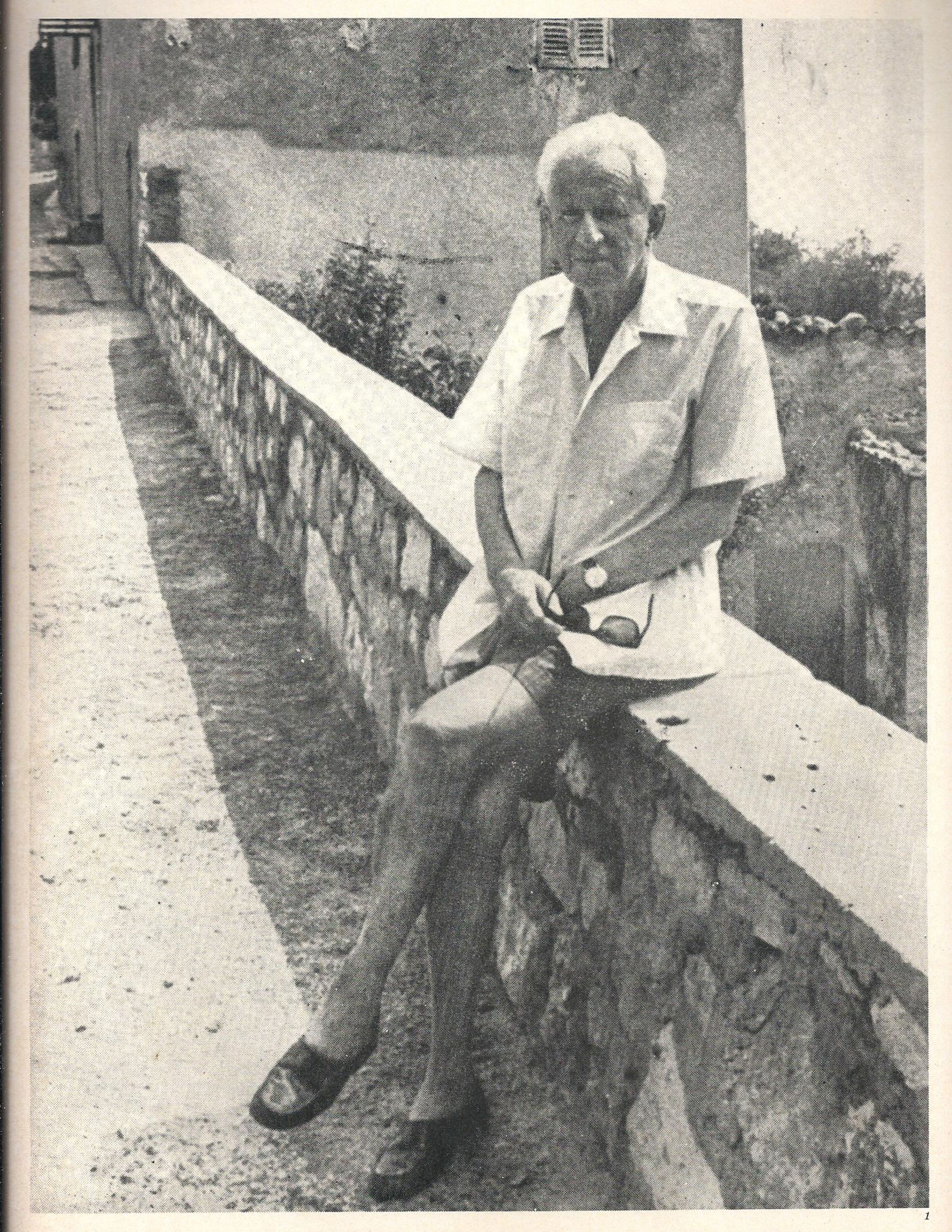
Dada la dificultad en determinar —más allá de un estilo frecuentemente metafórico— un método que supere la descripción en Marcuse, cabe preguntarse si así como en dos de sus prólogos, al menos, el de *Eros y civilización* y el de *El hombre unidimensional*, Marcuse, de una manera apriorística, enuncia lo que tal vez debiera ser, en una exposición rigurosa, el final conclusivo, su proyecto de salida no estará profundamente influido por su visión —relativamente exterior— de la sociedad norteamericana: el mismo Marcuse señala, por lo demás, la dificultad en conferir organicidad final a su propuesta de negación, sostenida por los "marginados" de todo tipo y naturaleza: obreros parados, incapacitados, segregados raciales (negros, en particular), estudiantes, intelectuales y artistas. Sin embargo, es evidente que debieron impresionarlo muy particularmente —al punto de conferirles los valores de la alternativa—, sobre todo en un país donde históricamente no se han dado movimientos políticos de oposición de masas realmente populares y dado el fuerte impacto emocional que estas manifestaciones tienen por su espontaneidad y violencia. André Gorz señala muy bien las coincidencias de ciertas condiciones geográficas e históricas entre Alemania y EE. UU. y que serían como los condicionantes previos al desarrollo de la *unidimensionalidad*: propensión a un desarrollo exclusivamente circunscripto a un orden unilteral del hombre y la sociedad, consecuencia de la ideología técnica del sistema. Una tradición colonial, de "frontera", ausencia de conciencia de clases en una nación de inmigrantes y migrantes, carencia de un mundo campesino y de culturas regionales (con excepción del Sur), la búsqueda de una identidad nacional en EE. UU. tendría sus puntos de contacto en una Alemania de fronteras móviles, tardía unidad nacional, debilidad del mundo campesino y una conciencia de clases oscurecida por un nacionalismo que intenta restaurar por el sentimiento colectivo estas carencias. Muy distintas serían para Gorz las perspectivas en países con una fuerte tradición humanista y de clases —Francia, Italia, la URSS misma—; además, una tradición católica —aun cuando pareciera contradictorio—, frente a un protestantismo reduccionista, constituiría una defensa cierta a este tipo de desarrollo "totalitario" de la sociedad [91].

Pero tal vez la crítica a Marcuse convenga enfocarla a partir de sus instrumentos de análisis: *la teoría crítica* es uno de ellos. Rusconi previene respecto a su calificación metodológica pues *la teoría crítica de la sociedad* suele resultar equívoca respecto a las consideraciones disciplinarias ya que fluctúa entre la sociología y la filosofía. "El calificativo de *sociólogos* no los define con precisión; el de *filósofos* mantiene la sospecha de una elegante difamación científica; el de *críticos sociales* —que ellos mismos se han conferido— encierra el peligro de subestimarlos como últimos representantes de la tradición moralista occidental; a esto debemos añadir el tono provocativamente utópico de sus proposiciones" [92].

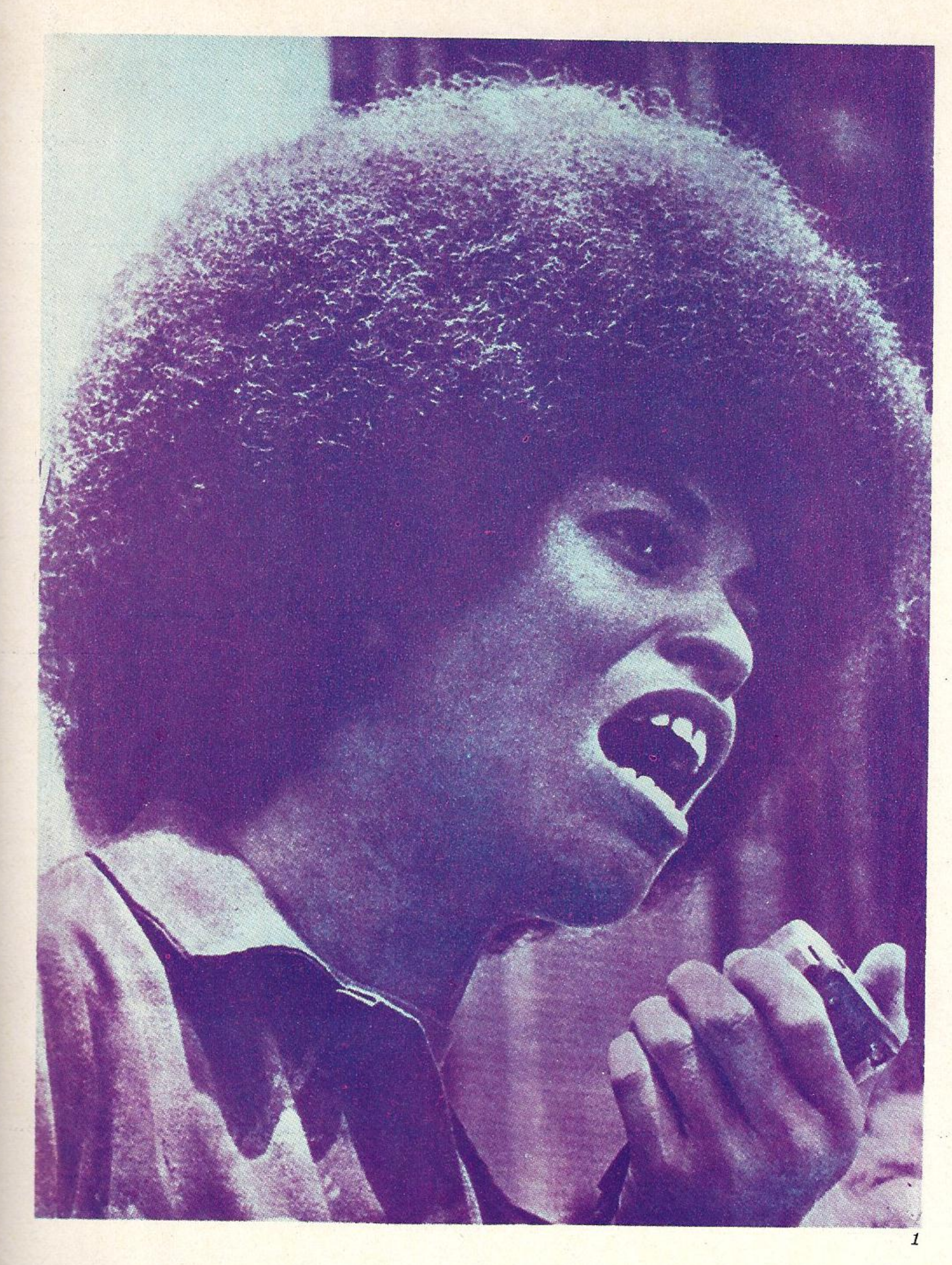
Para quienes niegan —por razones metodológicas— la *teoría crítica de la sociedad* por su incapacidad "científica", la crítica a Marcuse irá entonces desde la negación total —por su carácter exclusivamente especulativo— al prolijo análisis de las "contradicciones", "desviaciones" o "incoherencias" inferidas desde la propia perspectiva: éste es el caso de los críticos ubicados en la corriente marxista clásica.

Tal vez más coherentemente convenga, para una mejor elucidación del pensamiento de Marcuse, atender a las críticas —que no son pocas ni menos fundadas— realizadas desde la misma corriente a la que pertenece Marcuse: un ejemplo lo constituye el trabajo realizado por la escuela de Francfort. Esto permitiría, además, no sólo establecer una cierta forma de validez (que tal vez la tenga, en parte) sino definir más allá del subyugante estilo literario, el origen de su pensamiento, separando aquello que es realmente original de todo lo que ha ido tomando. Esto es importante frente a los equívocos derivados de su reciente "popularidad", sobre todo en los aspectos que hacen a la crítica social referidos a los EE. UU. y a las llamadas "sociedades de consumo", donde a la tradición literaria —Georges Duhamel y André Gide en la preguerra, en Francia, por ejemplo— se sumarán los "marxistas alemanes", T. Adorno y Horkheimer, con una teoría más rigurosa. La diferencia fundamental estaría dada por una vinculación que Marcuse refiere en forma categórica a lo social y político, confiriéndole además a sus conclusiones una forma sistemática. En cuanto a su incorporación de Freud al marxismo —marxismo implícito para algunos en toda su obra, pero no explicitado ni discutido—, sabemos que W. Reich lo había precedido (no sin contradicciones, como tampoco Marcuse) ya antes de los años 30.

En la primera de estas corrientes se puede ubicar, con algunas diferencias, la crítica expresada a *El hombre unidimensional* en un artículo publicado por *Monthly Review* con la firma de un profesor universitario que se ampara con el seudónimo de Karl Miller, con motivo de una polémica, a la que hemos hecho referencia, quien sostiene que Marcuse en su libro "supera el choque de irreconciliables intereses sociales por el choque de incompatibles tesis críticas", que lo retrotraen de Marx a Hegel, agregando que la realidad social es mucho más multifacética de lo que sugiere Marcuse,



1



1. Ángela Davis.

quien desconoce que la etapa de bienestar del capitalismo no fue concedida desde arriba —"y llevada a la gente de abajo para mantenerla tranquila"— sino consecuencia de una dura lucha y que, lejos de cristalizar el sistema, las nuevas exigencias (disminución de horas de trabajo, educación, eliminación de la pobreza, etc.) lo dinamizan en el sentido de las oposiciones de clase, puesto que "las necesidades y exigencias crecen históricamente", no obstante el manejo de las relaciones públicas de las empresas; concluye señalando "la hostilidad profundamente romántica de Marcuse por la ciencia" y que su propuesta, lejos de contribuir "a cambiar el mundo", lo está interpretando y de una sola forma [93]. Ésta es una de las pocas críticas a las que Marcuse ha respondido —por tratarse, dice, de una publicación que se ocupa del pensamiento socialista independiente— sosteniendo que la dificultad en definir claramente los agentes del cambio, por la complejidad dinámica de las tendencias antagónicas, y que el hecho de que las condiciones objetivas y subjetivas de la necesidad de ese cambio no coincidan —"¡demasiado familiar en las luchas de clases!"— no niega la tendencia histórica hacia el cambio [94]. Sin embargo, es correcto admitir que esta deducción no se impone —con una fuerza directriz— en la lectura de algunos textos de Marcuse, superada por el peso de su crítica *total.*

Pero será, sobre todo, Wolfgang F. Haug —del grupo de Francfórt— quien señale la modalidad y fundamentalmente los límites de la obra de Marcuse. Señala Haug que la *teoría crítica* de Marcuse es una consecuencia de su visión de la "sociedad industrial avanzada" y al ser su respuesta, resulta que "se muerde la cola", por donde Marcuse mismo queda encerrado en el propio círculo...". La ideología se encarna ahora en el proceso mismo de la producción" (Marcuse). "Dominio, administración, ideología, tecnología y proceso de producción constituyen una intrincación indesmembrable en el cual queda incluido, se mezcla obscenamente todo lo demás, empezando por la razón, la realidad y la estética". Este mundo *sin oposición* configura la "sociedad industrial moderna", "que es la completa identidad de estas contradicciones; lo que se discute es el todo": su resultante, *El hombre unidimensional.* Haug sostiene, entones, "que como la teoría no tiene lugar ni arranque dentro de la sociedad" para no sucumbir a la predestinada integración tiene que "convertirse en lo simplemente otro de lo existente". Esto implicará un retorno de la crítica de la economía política a la filosofía (ideológica) que Marcuse mismo propone. Esto es para Haug la negación del marxismo al desprenderse de la base social, interna a la misma sociedad. Como la contradicción surge del todo, la utopía es su consecuencia obligada: "la teoría crítica llega de fuera frente

al Todo y se opone a él como lo totalmente Otro".

Haug sostiene que es oportuno recordar a Brecht, que critica los libros que "apartan el mundo del interés del lector"... "con Marcuse hemos de dejarnos distraer de la realidad y atender el modo de exposición". Señala, así, el carácter predominantemente descriptivo, y que pese a su "abstracción no es una teoría analítica, sino que comunica opiniones en bloque", lo que confiere un rasgo mítico a la teoría que se expresa por metáforas que pretenden reflejar la esencia de los fenómenos ahorrando el rodeo del análisis. Estas formas que reúnen los contrarios —"La razón se ha hecho sin razón", "El hombre unidimensional", etc.— pueden tener una utilidad táctica (son contundentes), pero señalan al mismo tiempo su incapacidad de penetrar y resolver los fenómenos que se limitan a mencionar y valorar, por su reciprocidad. No desenmascara la falsedad de la apariencia "sino que exagera todavía más esa apariencia, y tal como la apariencia lo quiere", ocurre entonces que la oposición no puede ya ver más que el todo. "En este procedimiento la esperanza y la desesperación se disputan el primer lugar". Haug concluye: "la radicalidad del NO se hace cargo central y unitariamente de la resistencia; pero de hecho se ha depuesto la resistencia" [95].

Pensamos en las motivaciones de cierto tipo de manifestación de protesta y oposición —entre ellos los sucesos de París de 1968 y su secuela (sobre todo en los trasplantes)—, cuyo saldo político, como contribución final, puede ser claramente cuestionado.

Algunos críticos de este grupo, como Claus Offe —coincidiendo con la perspectiva ortodoxa—, concluirán señalando que Marcuse confiere, en el orden económico-social, una estabilidad y consistencia al sistema que sólo los propios teóricos aspiran —no sin dudas y oposiciones— a otorgarle.

En cuanto a las formulaciones prácticas del pensamiento de Marcuse, casi todos coinciden en negarle coherencia y facticidad, más allá de una aspiración ardientemente sostenida.

Desde una perspectiva latinoamereicana corresponde señalar —superadas las enunciaciones referidas al tercer mundo, proyectadas generalmente al futuro— situaciones no bien definidas y por lo tanto de improbable utilidad práctica en el pensamiento de Marcuse. Aun cuando nuestros problemas no provengan precisamente de un desarrollo autónomo [96] —que Marcuse estigmatiza en la sociedad industrial *avanzada*—, su aporte, oscurecido por la negación total (claudicante al fin), impide la transparencia desmitificadora en el análisis de las ideologías y finalmente de la cultura, en general, en un proceso que permitiría, al señalar su distorsión por la dependencia (el marcusianismo, incluido), la reivindicación cierta de lo propio, opacado por la recurrente retórica. En este orden, es evidente que la "lógica de dominación" —como condicionante y sostén, a la vez de la misma sujeción económica— trepa y se afinca en la señalada "industria cultural", en los grandes medios de comunicación: los transistores cabalgan con el humilde peón de campo y la televisión satura las viviendas marginales; su influencia, tal vez mayor, no está sólo referida al amañamiento de las conciencias sino en el mismo trasfondo subconsciente [97] con la consecuente erosión y deterioro de una auténtica sensibilidad popular.

Y puesto que en *Un ensayo sobre la liberación* señala al tercer mudo como el ámbito de desarrollo de una nueva técnica —sin explicar tampoco el cómo ni el por qué— cabe preguntarnos todavía: si las técnicas de dominación surgieron, como es evidente, de muy precisas circunstancias económico-políticas, ¿cómo Marcuse no advierte respecto de la necesidad de fundamentar, en todo caso, una nueva lógica que rehuse la formalización de las "lógicas de dominación" que dieron lugar a las técnicas instrumentales?

Y una cuestión final, pero decisiva en esta evaluación; Marcuse no incorpora claramente a su teoría el hecho concreto y real —aun cuando haga repetidas referencias— del saqueo sistemático, en las colonias y países dependientes, que ha hecho el imperialismo desde los comienzos mismos en que la revolución industrial utilizó esa técnica para configurar los países centrales y cuya prosperidad y equilibrio, hoy precario, se hace aún hoy de masas que, éstas sí, inequívocamente se ubican fuera de las metrópolis.

Además, ¿qué es para Marcuse tercer mundo? Perroux se pregunta, dada la imprecisión, si para Marcuse no correspondería a la definición de Sièyes del III Estado: "Hoy nada, mañana todo" [98], tal es la vaguedad en la que estarían incluidos, desde los países de primaria economía pastoril hasta los de complejas estructuras socioeconómicas, pero en todo caso sin destacar, como definitorio, su rango común de carencia de una perspectiva autónoma.

Se ha afirmado que Marcuse —no ajeno ni menos insensible al arte— es poesía. En *Un ensayo sobre la liberación* propondrá la "forma estética" como la *Forma* de una sociedad libre, en la que la *imaginación* construirá el mundo nuevo, independiente por fin de los requerimientos de la razón eficaz. Significaría el fin de la escisión entre lo estético y real.

Notas

1 Serge Mallet en *Marcuse polémico*, Bs. Aires, Edit. J. Álvarez, 1968, pág. 10.
2 T. Perlini, *Che cosa ha "veramente" detto Marcuse*, Roma, Ubaldine Editore, 1968, páginas 6-7.
3 Perlini. *Ob. cit.*, pág. 7.
4 Constantin Sinelnikoff, Advertencia a Wilhem Reich, *Marxismo y psicoanálisis*, Buenos Aires, 1971, pág. 8.
5 Citado por G. E. Rusconi, *Teoría crítica de la sociedad*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1969, pág. 253.
6 Rusconi, ob. cit., pág. 255.
7 Rusconi, ob. cit., pág. 258.
8 Rusconi, ob. cit., pág. 267.
9 Perlini, ob. cit., pág. 8.
10 Incluido en H. Marcuse, *Ética y revolución*, Madrid, Taurus Ediciones, 1969, págs. 9-55.
11 Incluido en Marcuse, *Cultura y sociedad*, Bs. Aires, Sur, 1968, págs. 15-45. (En el prólogo de esta obra Marcuse señala que reúne los trabajos publicados entre 1934 y 38, resultado de sus investigaciones en el Instituto de Investigaciones Sociales de N. York y discutido por el entonces director "mi amigo Horkheimer". Exponemos una síntesis de estos trabajos por considerarlos básicos en la formación de su pensamiento.
12 Ibíd., pág. 15.
13 Ibíd., pág. 37.
14 Incluido en *Cultura y sociedad*, págs. 45-79.
16 Rusconi, op. cit., pág. 301.
17 Incluido en *Cultura y sociedad*, págs. 79-96.
18 Ibíd., pág. 79.
19 Incluido en *Cultura y sociedad*, págs. 97-126.
20 Herbert Marcuse, *Marxismo soviético*, Madrid, Edit. Alianza, pág. 89.
21 Ibíd., pág. 113.
22 *Marxismo soviético*, ob. cit., pág. 183.
23 D. Cohn-Bendit, Jean Paul Sartre, Herbert Marcuse. *La imaginación al poder, París, mayo 1968, La revolución estudiantil*, Buenos Aires, Edic. Insurrexit, 1969, pág. 59.
24 *Marcuse polémico*, págs. 141, 142.
25 Herbert Marcuse, *La sociedad industrial y el marxismo*, Bs. Aires, Editorial Quintaria, 1969, pág. 76.
26 Herbert Marcuse, *Marx y el trabajo alienado*, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1969, pág. 27.
27 *Marcuse polémico*, pág. 136.
28 D. Cohn-Bendit, Jean Paul Sartre, Herbert Marcuse. *La imaginación al poder, París, mayo 1968, La revolución estudiantil*, pág. 59.
29 *La imaginación al poder*, pág. 47.
30 *La imaginación al poder*, págs. 12, 13.
31 *Marcuse polémico*, pág. 158.
32 *Marcuse polémico*, pág. 159.
33 Jürgen Habermas, *Respuestas a Marcuse*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1969, página 131.
34 *La imaginación al poder*, págs. 60, 61.
35 *La imaginación al poder*, pág. 57.
36 Jean Michel Palmier, *Sur Marcuse*, París, Union Générale d'Editions, 1968, pág. 178.
37 Sartre, Malraux, Aron, Marcuse, Fuentes, Kastler, Garaudy, Dutschke, Cohn-Bendit, Sauvageot. *Los estudiantes*, Bs. Aires, Cuadernos de América Latina, noviembre 1968, pág. 76.
38 *Los estudiantes*, pág. 82.
39 J. M. Palmier, *Sur Marcuse*, págs. 182, 183.
40 J. Habermas, *Respuesta a Marcuse*, pág. 16.
41 *La sociedad industrial y el marxismo*, página 80.
42 *Marcuse polémico*, pág. 152.
43 Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1968,
44 *Los estudiantes*, pág. 111.
45 *La imaginación al poder*, pág. 87.
46 *La imaginación al poder*, pág. 57.
47 *La imaginación al poder*, pág. 21.
48 J. M. Palmier, *Sur Marcuse*, pág. 109.
49 Jean-Paul Sartre, *Los intelectuales y la política*, México, Siglo XXI Editores, 1968, página 39.
50 *Los intelectuales y la política*, pág. 85.
51 *Los intelectuales y la política*, pág. 75.
52 Herbert Marcuse, *Un ensayo sobre la liberación*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1969, pág. 9.
53 Ibíd., pág. 72.
54 Bernd Oelgart, *Ideólogos e ideologías de la*

nueva izquierda, Barcelona, Edit. Anagrama, 1970, pág. 167.
[55] Paul Breines, en Jürgen Habermas, *Respuestas a Marcuse*, pág. 134.
[56] Paul Breines, ob. cit., pág. 138.
[57] Herbert Marcuse, *El final de la utopía*, Barcelona, Edic. Ariel, 1968, pág. 54.
[58] Ibíd., pág. 55.
[59] Ibíd., pág. 57.
[60] Ibíd., pág. 30.
[61] Ibíd., pág. 60.
[62] Ibíd., pág. 59.
[63] Herbert Marcuse, *Un ensayo sobre la liberación*, pág. 57.
[64] Jürgen Habermas, ob. cit., pág. 17.
[65] Herbert Marcuse, *Eros y civilización*, Barcelona, Edit. Seix Barral, 1969, pág. 219.
[66] Ibíd., pág. 30.
[67] Marcuse, *Eros y civilización*, pág. 45.
[68] Ibíd., pág. 26.
[69] Ibíd., pág. 26.
[70] Ibíd., pág. 27.
[71] Marcuse, *Eros y civilización*, pág. 29.
[72] Ibíd., pág. 46.
[73] Ibíd., pág. 47.
[74] Ibíd., pág. 47.
[75] Ibíd., pág. 50.
[76] Ibíd., pág. 53.
[77] Ibíd., pág. 50.
[78] Ibíd., pág. 100.
[79] Ibíd., pág. 94.
[80] Ibíd., pág. 97.
[01] Ibíd., pág. 98.
[82] Rusconi, ob. cit., pág. 334.
[83] H. Marcuse, *El hombre unidimensional*, página 125.
[84] Ibíd., pág. 127.
[85] Rusconi, op. cit., pág. 337.
[86] *El hombre unidimensional*, págs. 226, 227.
[87] Ibíd., pág. 166.
[88] Ibíd., pág. 181.
[89] Ibíd., pág. 186.
[90] Ibíd., pág. 151.
[91] *La sociedad industrial y el marxismo*, páginas 89, 90.
[92] Rusconi, ob. cit., pág. 9.
[93] Karl Miller, en *Marcuse polémico*, op. cit., págs. 93 a 110.
[94] Marcuse, en *Marcuse polémico*, ob. cit., pág. 115.
[95] W. F. Haugen, Jürgen Habermas, *Respuestas a Marcuse*, ob. cit., págs. 50 a 58.
[96] Miguel C. Lombardi, *Herbert Marcuse o la filosofía de la negación total*, Buenos Aires, Edic. Sílaba, 1970, pág. 142.
[97] Theodor Adorno, *Intervenciones, nueve modelos de crítica*, Caracas, Monte Ávila Edit., 1969, pág. 77.
[98] François Perroux, *Perroux interroga a Marcuse*, Barcelona, Nova Terra, 1969, pág. 131.

Bibliografía

Herbert Marcuse, *Cultura y sociedad*, Buenos Aires, Sur, 1968. Herbert Marcuse, *Ética y revolución* (título original, *Kultur und Gessellschaft* II), Madrid, Edit. Taurus, 1969, Herbert Marcuse, *Marxismo soviético*, Madrid, Edit. Alianza, 1969. Herbert Marcuse, *Marx y el trabajo alienado*, Buenos Aires, Carlos Pérez Edit., 1969. *Herbert Marcuse, razón y revolución, Hegel o el surgimiento de la teoría social*, Madrid, Ed. Castilla, 1970. Herbert Marcuse, *El final de la utopía*, Barcelona, Edit. Ariel, 1968. Herbert Marcuse, *La sociedad industrial y el marxismo*, Buenos Aires, Edit. Quintaria, 1969. Herbert Marcuse, *Psicoanálisis y política*, Barcelona, Edic. Península, 1969. Herbert Marcuse, *Eros y civilización*, Barcelona, Edit. Seix Barral, 1969. Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional, un ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*, Barcelona, Edit. Seix Barral, 1969. Herbert Marcuse, *Un ensayo sobre la liberación*, México, Cuadernos Joaquín Mortiz, 1969. T. Perlini, *Che cosa ha "veramente" detto Marcuse*, Roma, Ubaldini Editore, 1968. J. M. Castellet, *Lectura de Marcuse*, Barcelona, Ed. Seix Barral, 1969. Bernd Oelgart, *Ideólogos e ideogías de la nueva izquierda*, Barcelona, Edit. Anagrama, 1971. Jürgen Habermas, *Respuestas a Marcuse*, aportaciones de A. Schmidt, W. F. Haug, C. Offe, J. Bergmann, H. Berndt, R. Reiche y P. Breines, Barcelona, Edit. Anagrama, 1968. Wilhem Reich, *Marxismo y psicoanálisis*, Buenos Aires, Edic. Siglo, 1971. Jean Michel Palmier, *Introducción a W. Reich, Ensayo sobre el nacimiento del freudo-marxismo*, Barcelona, Edit. Anagrama, 1970. M. Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, Buenos Aires, Sur, 1969. François Perroux, *Perroux interroga a Marcuse*, Barcelona, Nova Terra, 1969. G. E. Rusconi, *Teoría crítica de la sociedad*, Barcelona, Edit. Martínez Roca, 1969. J. M. Palmier, *Sur Marcuse*, París, Union Générale d'éditions, 1968. E. Fromm, Karl Miller, H. Lefebre, S. Mallet, H. Marcuse, *Marcuse polémico*, Buenos Aires, Edit. Jorge Álvarez, 1969. Alasdair MacIntyre, *Marcuse*, London, Ed. Frank Kermade, 1970. Sartre, Jean-Paul, *Los intelectuales y la política* (compilación de B. Echeverría y C. Castro), México, Siglo XXI, 1968. *La imaginación al poder, París, mayo 1968, La revolución estudiantil*, Buenos Aires, Ediciones Insurrexit, 1969. Miguel C. Lombardi, *Herbert Marcuse o la filosofía de la negación total*, Buenos Aires, Edic. Sílabas, 1970. Sartre, Malraux, Aron, Marcuse, Fuentes, Kastler, Garaudy, Dutschke, Cohn-Bendt, Sauvageot, *Los estudiantes*, Buenos Aires, Nº2, noviembre 68, Cuadernos de América Latina, 1968. Theodor W. Adorno, *Intervenciones, nueve modelos de crítica*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1969.

LOS HOMBRES

ANUNCIO MUY IMPORTANTE PARA LOS LECTORES DE

LOS HOMBRES

Centro Editor de América Latina les comunica que solo faltan 4 fascículos para completar la colección. Son éstos:

Nº 171: Nasser
Nº 172: Marcuse
Nº 173: George Sand
Nº 174: Ben Gurión

Con estos 174 fascículos se integrarán los 26 tomos que forman la colección LOS HOMBRES DE LA HISTORIA. Los tomos encuadernados que han aparecido hasta ahora y que están a disposición de los lectores son:

1. **El mundo contemporáneo** (I)
2. **Las revoluciones nacionales** (I)
3. **El siglo XIX: la revolución industrial** (I)
4. **Cristianismo y medioevo** (I)
5. **La civilización de los orígenes** (I)
6. **La revolución francesa y el período napoleónico** (I)
7. **El mundo contemporáneo** (II)
8. **Las revoluciones nacionales** (II)
9. **La edad de Grecia** (I)
10. **El siglo XIX: la restauración** (I)
11. **Del humanismo a la contrarreforma** (I)
12. **La civilización romana**

Próximamente comunicaremos cuándo aparecerán los 14 tomos restantes, que serán:

13. **Los estados nacionales**
14. **El siglo XVIII**
15. **La restauración** (II)
16. **Tiempo presente** (I)
17. **Tiempo presente** (II)
18. **Tiempo presente** (III)
19. **La civilización de los orígenes** (II)
20. **Cristianismo y medioevo** (II)
21. **La edad de Grecia** (II)
22. **Del humanismo a la contrarreforma** (II)
23. **La revolución francesa y el período napoleónico** (II)
24. **La restauración** (III)
25. **El siglo XIX: la revolución industrial** (II)
26. **Las revoluciones nacionales** (III)

Como siempre, los lectores podrán canjearlos por sus fascículos sueltos hasta tener toda la colección encuadernada.

Precio de LOS HOMBRES

ARGENTINA: Nº 172 al 162 $ 2.00
Nº 161 al 1 $ 2,80

COLOMBIA: $ 7.-
MEXICO: $ 5
PERU: S/. 18

URUGUAY: $ 120
VENEZUELA: Bs. 2.50